Éric Vuillard

LA BATALLA DE OCCIDENTE

colección andanzas



El conflicto con que Europa inauguró el siglo XX, la Primera Guerra Mundial, fue una masacre sin justificación alguna y cuyas causas se nos antojan carentes de sentido. Desencadenó la caída de varios imperios, una gran revolución y una carnicería sin precedentes. Todo eso provocado por unos tiros de revólver… Éric Vuillard, a su personalísima manera histórica, política y polémica, elige puntos de vista inéditos para narrar episodios de esa Gran Guerra que desde 1914 a 1918 desangró a Europa, para poner el foco en el atentado de Sarajevo, en las estrategias alemanas y francesas, en las alianzas inexorables, en las ideas de pensadores «bélicos» como Schlieffen, Clausevitz y Carnot, y seguir el trazo de los dólares de la guerra, así como las huellas de algunos asesinos. Sin olvidar a los muertos, los prisioneros, los deportados y los mutilados una vez acabada la contienda. Quizá hicieron falta más de diez millones de muertos para que, por primera vez, todas sus tumbas se parezcan.

Éric Vuillard

La batalla de Occidente

ePub r1.0
Titivillus 30-04-2020

Título original: *La bataille d’Occident*
Éric Vuillard, 2012
Traducción: Javier Albiñana Serain

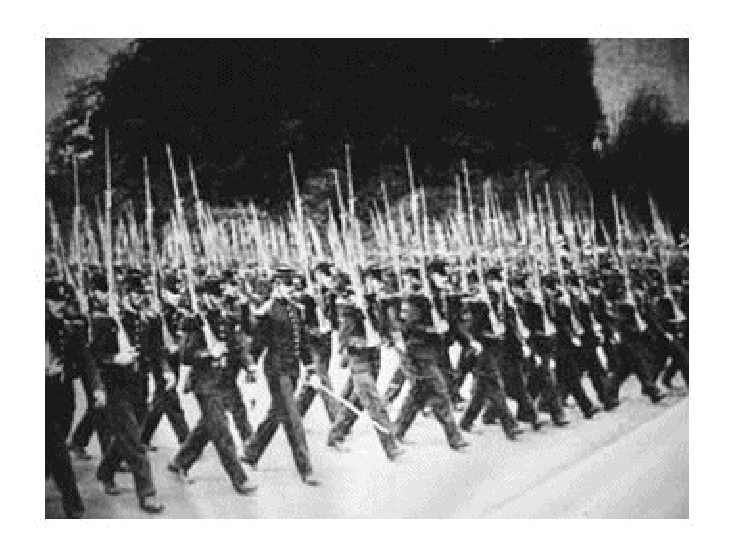
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


a Henri Roll

La guerra será fresca y gozosa.

GUILLERMO II

Primicias



En el principio hubo un gusto común. Una élite refinada y orgullosa. Los nietos de la reina Victoria ocupaban los tronos de Inglaterra y Alemania, un mismo trasero había plantado sus nalgas en dos sillas. Todas las coronas de Europa poseían ancestros que habían dormido en las mismas sábanas. La consanguinidad reinaba sobre una rígida moral a lo largo y ancho de un continente. El káiser era coronel de dragones del ejército británico, y su primo Jorge V lo era de la guardia prusiana. Todo iba a las mil maravillas. Costaba distinguir a los primeros ministros, a los reyes, a los presidentes. La autoridad llevaba más o menos en todas partes el mismo aspecto barbudo, todos los hombres lucían en el cuello una bonita carúncula de pavo. En verano, un turismo chic reunía a todo el mundo en la costa francesa, se jugaba al *whist*, se compartían las amantes. Aparte de eso, los únicos extranjeros con los que uno podía cruzarse lejos de casa eran marineros, criados o ladrones. Era un mundo de una anterioridad altiva, pero que se financiaba con la lepra de las paredes. Cada uno reinaba sobre su palmo de felicidad gracias al dinero de la copra y del caucho, gracias al sudor de un sinnúmero de trabajadores. Era la Francia de Feuillade y de Mistinguett, la de Fallières y de Poincaré. Fallières era un simpático caballero que fue presidente. Durante la primera parte de su mandato, indultó a todos los condenados a muerte. Conoció a Nicolás II, en Cherburgo, tomaron el té para consolidar la Triple Entente. En 1912 instaló la cabina electoral —pequeña conejera donde, detrás de una cortina, el hombre rumia sus límites y alza el puño—. Cuando naufragó el Titanic, presentó sus condolencias al mundo entero, pero olvidó presentárselas a las familias francesas y se marchó de vacaciones.

En aquella época, los regimientos de dragones constituyen el grueso de la caballería francesa. Admiramos todo un aparato de péplum: morriones, pantalones púrpura, gran equipamiento de talabartes. Pero los austriacos han llevado aún más lejos que los franceses el arte de la guerra y del plumaje; sus regimientos son reconocibles por sus sutiles matices de color: el cereza, el rosa, el amaranto, el carmín, el escarlata o el bogavante. Los ingleses y los alemanes, por su parte, visten de caqui o de gris verdoso; resulta más moderno, pero más triste. ¡Imaginémonos ahora todos aquellos ejércitos

cubiertos de galones, de penachos, aquellos trajes de golf mezclados con el tartán, el kilt, la borla, aquellos quepis de colores y cascos en punta, toda suerte de jetas picardas o bátavas, silbando, marcando el paso en medio de un gran charco de sol! Se está preparando una guerra, toda una parafernalia de idioteces, un retraso inaudito, progresos harto malévolos, un heroísmo que será aplastado por el hierro. Porque este es un mundo extraño, de dos caras: a la par muy antiguo, un mundo de salitre y de malvarrosas, un mundo de abanicos y de feos valses, pero también el mundo de los primeros tanques, de los obuses, de las primeras grandes máquinas para matar. Los cadetes de Saint Cyr marcharán al combate con vistosos uniformes, se verá a jóvenes lampiños, penachera y guante blanco, desfilar durante unos días, hasta que las primeras ráfagas de ametralladora les sieguen las plumas.

Prusia posee desde 1810 una escuela de guerra. Las palabras «escuela» y «guerra» producen, una al lado de la otra, un efecto extraño; nos imaginamos a muchos alumnos en fila, calzando botas que les van demasiado grandes, dormitorios donde te despiertan a toque de corneta. ¿Y qué se aprende en una escuela de guerra? A entrechocar los talones. Porque habrá que esperar un poco para que se desarrolle un auténtico aprendizaje de la guerra. Las primeras escuelas de guerra están pensadas para producir subalternos, criados especializados capaces de asistir a los amos en sus quehaceres. Y es que, durante mucho tiempo, se continuará eligiendo a los mandos del ejército, siguiendo las recomendaciones de una anciana prima, entre los hijos de buena familia. Todo ha de quedar entre amigos, la guerra se representa como una obra de teatro cuyo texto ha de saberse desde la más tierna infancia, los papeles protagonistas están ya reservados, tan solo las bayonetas forman en fila india en los comederos a la espera de que cualquier mano las coja. La fulgurante victoria de Prusia sobre Francia en 1870 dará al traste con esos antiguos hábitos. En lo sucesivo, se fabricarán oficiales como se fabrican cañones. Se les imbuirán todas las teorías necesarias; participarán en simulacros, en una especie de juegos para adultos. Contempladlos ahora a esos grandes pánfilos corriendo por las frías campiñas y garrapateando en sus cuadernos. Delinean curvas, flechas, borran, rehacen un movimiento de cerco, luego de desbloqueo, ¡y zas!, todo se ha perdido. Se toma nota de los ejercicios. Esos niños mayores dibujan, corren por los barbechos, trabajan en equipo, estudian las probabilidades de morir y de dar muerte. Está naciendo un juego inmenso y apasionante, hasta el punto de que, por un instante, cabría

creer que nunca volverán a combatir, sino solo a pensar en ello. Cabría creer que en lo sucesivo van a correr, anotar, imaginar, anticipar, corregirse, que las amplias hojas de papel donde trazan sus líneas de fuego concentrarán todas las guerras por venir y que los fines de semana de permiso de esos extraños escolares serán los armisticios soñados de sus ejércitos de mocos y de cartón.

Pero no es ningún juego. La selección es feroz. Se escogen como se escoge hoy en día el ganado destinado a la carne. Está surgiendo toda una ciencia de la contratación. Se reclutan alumnos serios y brillantes, lejos del *furor* y del *impetus*. La guerra se desliga casi por completo del orden antiguo. Impera la razón, es decir, el tiempo, el número y la adición helada de fuerzas. Se precisan buenos capitanes, buenos tenientes, se precisan cavadores, palafreneros, cantineros, caballos, almacenes, uniformes y trompetas. Ahora todo eso va a la cabeza de una columna o de una línea de contabilidad. Hay que prever, clasificar, combinar. Todo se convierte en un oficio, y la guerra es una inmensa empresa que se prepara sin cesar. No se puede vivir sin pensar en ella, no se puede vivir una noche sin aovar un obús. Y el gran hormiguero repleto de huevos grises no es sino el resultado de un cálculo preciso, permanente, asombroso; y, más que cualquier otra cosa, más que su propio resultado, más que su objetivo abstracto de vencer y destruir, parece ser la espantosa maquinación de la nada. Porque, en cierto sentido, nadie, ni el alma más pequeña, participa en la elaboración real de todo eso. Simplemente, millones de manos cargan, arrastran, pulen, cortan, depositan, acumulan los cartuchos, la pólvora, las láminas de acero, millones de ojos miran y no ven. Furia sublime del hombre, tan dulce, tan eficaz. El capataz, el obrero, el comerciante, todos —excepto algunos patricios circunspectos— marchan a la guerra con los ojos vendados, todos avanzan con la mano en el corazón hacia lo inconcebible. Por supuesto, existe el espíritu de revancha, esas razones que se invocan. Pero eso no basta, eso no basta nunca para explicar por qué, un buen día, millones de hombres acuden cantando a plantarse de pronto los unos frente a los otros y empiezan a dispararse. Existe un calendario del alma que nadie conoce de verdad y que ningún cúmulo de razones, ninguna explicación, por convincente que sea, agota.

Así pues, tenemos a unos jóvenes oficiales competentes, unos magníficos uniformes, pero sigue faltando a quién mandar, sigue faltando aún un pueblo con brazos y piernas para llevar los fusiles y cargar los cañones. Una vez enfundados los dolmanes, abrochados los botones, cosidas las jarreteras, siguen faltando quintos, reclutas, pipiolos, caloyos; sigue faltando carne y sangre. Hubo la leva en masa del año II, y la ley Jourdan-Delbrel de 1798

sobre el reclutamiento. El servicio militar hizo su aparición en Prusia en 1814, con ocasión de las guerras de liberación. El empeño prosperó en el mundo, y, en los Estados de Europa, se convirtió en un medio para una nueva clase de guerra en la que la industria y la carne iban a dar, juntas, un fabuloso ejemplo de despilfarro. Moloch pedía bebida y comida. Las naciones crédulas enviaron a sus jóvenes. Fue una carnicería. El reclutamiento es el nombre de ese estallido, de esa terrible generosidad de los cuerpos, en que la juventud es enviada a morir en medio de los campos de remolacha azucarera.

Atravesar el mundo a caballo



Los junquillos habían florecido a mediados de marzo. Luego les tocó el turno a los cerezos, a los magnolios, a todas esas matas blancas y rosadas que crecen huérfanas en las ramas negras. Aquel año se vieron hermosas flores albas en los arbustos, trenzas de flores muy apretadas, mucho más apretadas que de costumbre. Al parecer, el frío había durado más de lo habitual, y una brusca mejoría lo permitió: una eclosión densa e insólita de todas las flores al mismo tiempo. También las retamas fueron muy amarillas aquel año, de un amarillo vivo y lozano. Ya en abril, los helechos perforaron la corteza húmeda, sus hojas abarquilladas se desenrollaron como pequeños mensajes de amor plegados en la palma de la mano y que se abren con la uña. Los primeros fragores de los truenos resonaron lejanos en el cielo, muy lejanos, pero, como no había nubes, no les prestaron mayor atención. Cada cual siguió viviendo con su aplomo cándido, en su difusa intimidad, participando, trabajando, sin que las primeras colisiones los importunaran.

Las nubes desfilaron por encima de los campanarios, las flores se desparramaron en el aire tibio, los atardeceres fueron hermosos. Los trabajos se hicieron de repente menos agobiantes, los jóvenes corrían a reunirse con sus novias al salir de la fábrica, olvidaban el esfuerzo ingrato frente al lindo rostro sonrosado. Por la mañana, el frescor apenas picaba en la garganta, bastaba la chaqueta para cubrirse, de pronto casi les hacía felices acudir al taller, se alegraban de encontrarse con los demás, de charlar, de compartir con ellos confidencias triviales. Algunos murmuraban cosas espantosas, pero no les hacían caso; nadie iba a amargarles la primavera. En ocasiones los muchachos se dirigían por primera vez a las chicas, en ese dialecto púdico y orgulloso que transpira una mezcla de escuela y de familia, pero también algo más indiscernible, que vuelve brutal esa ternura, esa dicha de estar solos los dos. Y allí están, hermano y hermana imposibles, extraños. Se encuentran un día, en el baile, en la feria, no importa dónde, y aquello parece responder a una ley secreta, a un azar. Pero tanto si se encuentran en la casa de los padres como si se cruzan en la tienda o en el tren, se espían, discretos y torpes, se alejan prestos para dar la impresión de que no se han visto. Porque tienen miedo, miedo de que el otro ponga fin a la mentira sagrada de su indiferencia.

Ansían hablar, abrazarse, tocarse, pero tienen miedo, y entonces es lo mismo, como siempre, es lo mismo desear y tener miedo, es el mismo picor en la piel, la misma astilla.

Y, no obstante, los chicos se acercan a las chicas, cargados de sobrentendidos, dando tumbos con sus grandes zuecos. Las chicas, más burlonas pero también más francas, miran a la cara, las mejillas coloradas, con audacia. Y el deseo se toma su tiempo para invadir todo el corazón, el rostro. Ahora los domingos son largos, cada vez más largos, largas son las jornadas de luz y de hastío. Duermen sobre la hierba, con la tripa llena, un poco ebrios. Bailan a orillas del agua, se ríen, escupen, beben. Cuando llueve, pequeños revoloteos de vestidos y de faldones corren a buscar refugio bajo los cobertizos, bajo los árboles altos. Corren entre risas, recogiendo rápidamente lo que queda, las chaquetas, los manteles, las cestas.

Por supuesto, a ratos sentían una vaga inquietud, pero se negaban a pensar en ella. Por supuesto, había habido algún relámpago, fragores distantes; había aumentado la tensión entre Francia y Alemania, pero nadie quería pensar en profundidad en la situación de Europa. Aquella primavera preferían ser felices, preferían sentirse orgullosos y felices. Una vez acodados en la mesa, una vez plantado el trasero en la hierba, preferían pensar en algo que no fuera el deber, ni las máquinas, ni las dificultades. Ignorar la aguja que aguijoneaba significaba poder seguir oyendo un rato más el chapoteo del Marne, soñar.

Porque aquellos muchachos y muchachas de 1914 querían seguir soñando, soñando con ese casi nada, con esa mano fresca enlazada en la hierba, con ese beso que, sin decírselo, se habían prometido desde la noche de los tiempos. Querían con todas sus fuerzas esa piel suave, ese cigarrillo de unos céntimos, ese vaso de vino, esa barca abandonada a la corriente. Todos tenían la sensación de que ser feliz era la única elección posible. Sucedía como en todas las primaveras, y acaso un poco más; decían sí, y mejor que de costumbre.

Y de este modo, seguros de su derecho y de sus deseos, sencillos en su amor —en ese instante de la vida que no se cuenta, porque, si no, la vida sabe que en ese momento no pertenece ya al relato, que escapa de él, que lo desborda, que se ha abierto a todo ella misma, sin dejar el menor espacio ni el menor resquicio donde explicarse y decirse—, así, llenos de sí mismos hasta los bordes, entre la gran barahúnda primaveral, con una minúscula chispa de duda en su carne, así era como se embriagaban. La voz que canta y susurra, la mejilla sonrosada, anhelante, el cuerpo dúctil, todo eso se niega a oír otra canción. Todo eso avanza y se araña con la zarza, pero sin sentirla. Y sin

embargo todo está ahí, evidente, singular; una juventud que está a punto y lo ignora, la desgracia a bocajarro, los rostros olfateados por hocicos, ese vestido blanco que va a desgarrarse. Uno tiene ganas de gritarles ¡Cuidado!, tiene ganas de avisarles, pero sabemos que es inútil, sabemos que no quieren oír nada. Quieren ser mecidos por el sol que asciende. Y hay que imaginar ese gran dislate inminente, esa incoherencia entre un mundo joven, gozoso, y esa jabalina emboscada —la jeta brutal—. Porque el mundo ya chisporrotea, los archiduques ya han formado, ya hay algo que tartamudea y fabrica todos los obuses y cañones necesarios. La guerra es una sorpresa, una sorpresa que se prepara. Las frentes despejadas se inclinan y sacuden la cabeza. El miedo pule las culpas, plancha las arrugas, pisotea. Preparan su prédica. La parrilla está lista, la llana rasca la pared, podrán desgarrar la carne como si fuera pan.

A los rebaños de jóvenes cabritos, con sus labios húmedos y sus estrechas pezuñas, los habitúan poco a poco a la idea de la sangre. Desde muy niños les presentan a la muerte bajo un traje de gloria y de teatro; ellos fingen creérselo, salen de clase y se olvidan. Pero aun así recuerdan que quizá necesiten de ellos, de su fe intacta y sana. Tal vez los necesiten para pisotear una serpiente grande, otro día, en otra ocasión. El tizón lo llevan clavado en la carne, en el lugar adecuado; bastará una llamarada, nada más: con respecto a lo demás, ya se verá. La escuela les habla de un enemigo, de una tormenta; y, cuando sea menester, correrán, no ya hacia el río o hacia el cenador, sino hacia la muerte. Mientras sueñan con lo que les han dicho, se imaginan que atravesarán el mundo a caballo para librar una guerra de apenas unos segundos, sangre, gritos, el arco florido; una cabalgada, y luego —el nacimiento.

Pero lo que está ahí, a la vuelta de la esquina, es la muerte, ávida y paciente embustera. Ella es la que hablará Sarajevo, la que hablará movilización, honor y todo lo demás. Los soldados comprenderán muy pronto que los han mandado hasta allí para algo que nada tiene que ver con lo que les han dicho, muy pronto sabrán que el deber, la patria, Alemania y Francia, ¡en fin!, son un decir, historias que les cuentan para arrastrarlos lejos de sus casas. Lo entenderán todo muy pronto, pero demasiado tarde. Verán que su vida, ahora, no importa nada, que han prevalecido otros intereses muy distintos, que su vida entera ha sido requisada, vendida, arrojada a un gran sacrificio que no tiene la menor utilidad para ellos. Muy pronto verán que los han arrastrado a la cita espantosa, que los han privado de cuanto conocían y que les piden que sacrifiquen, por las buenas o por las malas, ese hermoso frescor

que les envidian. Se percatan de que los han hecho venir para que pierdan esa felicidad sencilla y esa alegría que era la suya. Ven alejarse de ellos todo lo que ansiaban vivir. Y en esa pesadilla en la que los han embarcado, bien mirado, cabría encontrar un poco del invierno pasado, un poco del trabajo que procuraban olvidar aturdiéndose en el aire frío. Son de nuevo las máquinas, son las sólidas articulaciones de acero, los ruidos, las órdenes, la ausencia de amor. Viene a ser la misma existencia, solo que peor, la misma cadena de hierro, pero ahora la muerte está incesantemente presente, incluso es la única cosa que se fabrica. Y demasiado tarde caen en la cuenta de que el tiempo nos hace descuidar siempre aquello que amamos, y luego nos lo arrebata; y aprenden, tumbados en la pocilga, que tardamos en ver lo que amamos y en amarlo de verdad (si es que amar es lo mismo que ver), que no sabemos amar lo suficiente ni ver lo suficiente, y que solo después, mucho tiempo después, cuando la pequeña mandorla de la costumbre se disipa, y cuando —desde detrás del telón— un actor que creíamos muerto se incorpora, se quita el disfraz y nos llama, entonces es cuando nos invade la tristeza. Y en el momento en que la inquietud, la primera, el indicio mal entrevisto, se aparta de su campo de visión, todavía ignoran que ese nimbo que han creído ver en torno a los vestidos, que esa bonita verdad que vislumbran entre las ramas, van a arder y a pudrirse en un jirón de azur.

A los que nos ofenden



El rostro de Schlieffen resume toda su historia. La boca es amarga, los párpados grávidos. En un célebre retrato, el conde Alfred von Schlieffen, enjuto anciano avinagrado, sujeta —con la mano sonrosada y lisa de quien nunca ha dado ni clavo— el pomo de su espada. Sin embargo, clavos los clavará en todos los corazones, en todos los pechos de Europa. La vieja osamenta ostenta una cruz en el cuello, tres más en el costado derecho y una apretada línea de cruces y medallas sobre las costillas. Es hijo de militar, ingresado joven en el ejército, participa en la batalla de Sadowa y en la guerra de 1870. Pero ya pertenece al estado mayor del gran duque de Mecklemburgo. Ingresará pronto en el alto estado mayor, en el que a partir de 1884 será jefe de departamento, cuatro años después cuartel maestre, y en 1891, a la edad de cincuenta y ocho años, llega por fin a dirigirlo. Es, por tanto, una vida entera en el estado mayor. Una vida de mapas, de cálculos, de frías especulaciones. Toda una vida dedicada a considerar la guerra, a planificarla, a imaginar lo peor.

En 1905, Schlieffen presenta su plan de estrategia ofensiva contra Francia. Sostiene que la guerra será corta. Él lleva, en cierto modo, una guerra de ventaja. Su plan es una de las profecías más minuciosas de todos los tiempos. Anticipa la futura guerra con fervor matemático. Una serie de cálculos inflexibles debe determinar el encauzamiento de las tropas. Y todo eso en el mayor secreto; ni siquiera el ministro de la Guerra está al corriente. Todo el mundo es mantenido al margen de la gran operación. Schlieffen prevé una ofensiva y, después, una victoria rápida, pero no se plantea, en caso de marasmo, ninguna solución de emergencia. Cabe decir, pues, que sumiría al mundo en un conflicto fulminante o en una guerra sin fin. En cualquier caso, a Schlieffen no le interesan los motivos del conflicto ni otras salidas posibles. En realidad, no sabe por qué debe entrarse en una guerra, pero está convencido de que es necesaria. Le repugna la diplomacia. Una existencia entregada a plantearse la vida humana como un simple elemento acaba convirtiéndolo en un hombre altivo, que vive entre convicciones abstractas. Considera que la fuerza es la única respuesta a la hostilidad. Para él, la guerra se confundirá cada vez más con la elaboración de su Gran Memorando.

¿Y qué se dice en ese plan? Se dice que la alianza franco-rusa obligará a Alemania a batirse en dos frentes. Que por consiguiente es menester librarse de uno de esos dos adversarios. La idea de partida es sencilla, pero la concepción detallada será muy enojosa. No es posible atacar a Francia frontalmente, es una auténtica fortaleza desde que el general Séré de Rivières levantó, tras las fronteras de Alsacia y Lorena, una doble red de fortificaciones. Por lo tanto, propone rodear esas construcciones defensivas por el oeste, mediante una gran maniobra de desbordamiento. Mientras el esforzado ejército marche hacia Francia, pasando discretamente por Luxemburgo y por un pedazo de Bélgica, Schlieffen prevé dejar en el este un flojo cordón defensivo frente al ejército francés, un señuelo de hierro y hormigón.

Hacia el final de su carrera, Schlieffen fruncía constantemente los labios, con aire descontento, como si dudase entre la frialdad y las lágrimas, como si hubiera sufrido no se sabe qué afrenta, una afrenta que solo se hubiera atrevido a confesar tachando y enmendando sin cesar su plan, perseverando en tan desesperada tarea, hallando en cierto modo refugio —el rostro ardiente, la mirada, una de las más tristes que he visto— en ese gran rodeo de las colinas de Francia, deteniéndose en un nombre, en una hipótesis apenas apuntada, fascinado por el misterioso relieve que cobran los cálculos en el detalle. Y, de repente, perdía toda contención, barría de un manotazo la neutralidad belga —¿por qué molestarse por un acuerdo de papel?—. Y bruscamente imaginaba el ala derecha del ejército alemán atravesando Bélgica de un solo movimiento, inmenso *ballet* de soldados, caballos y cañones, violando el valle del Mosa, bombardeando Lieja, pisoteando Brabante y Henao; y luego, después de Flandes y de las Ardenas, torciendo, curva regular, y arremetiendo hacia el sur, para envolver París —la ciudad más feliz del mundo—, y más lejos, más lejos aún, una vez bien restregadas Yonne, Brie y Champaña, enfrentándose con el ejército francés, repeliéndolo hacia el Jura, donde el ala izquierda del ejército alemán, como la parte pequeña de la pinza del cangrejo, se cerrará sobre él. En ese momento debería producirse lo soñado —la gran batalla—, entre las lagunas de la Bresse y el valle del Saona. Allí, la gran estratagema se apuntala, arqueándose, y concluye, exactamente cuarenta y dos días después del inicio de la guerra, como si todo se hubiera medido con un minucioso cronógrafo. Siete enormes gatos de tornillo se cierran de pronto sobre los ejércitos franceses y, poco a poco, su comandante en jefe —al igual que Varrón vio su ejército masacrado

en unas horas por la caballería de Cartago— asistirá al aniquilamiento total de sus fuerzas.

Y ya está. Es lo que se llama un sueño: meticuloso, sabio. Se asemeja un poco a esas amplias previsiones de beneficios que, desde John Law hasta nosotros, se hacen con la participación involuntaria de una masa de gente, y que acarrean infaliblemente el sacrificio de un gran número de personas. Al parecer, esas refinadas maniobras son aplicables a la sociedad entera, del mismo modo que la guerra de Schlieffen debía acabar con no sé qué amenaza proveniente de la noche de los tiempos. Se quería abolir el riesgo y el tiempo, el capricho y las circunstancias. No se escucha a Huygens, que había vuelto su pequeño espejo hacia las estrellas y había observado durante noches enteras los anillos de Saturno y la nebulosa de Orión; no se presta atención a lo que dijo de la esperanza, a todos sus razonamientos sobre los juegos de dados que vienen a ser como esos soldaditos a quienes se arroja al campo de batalla, y que giran, giran y caen. Y Bernoulli, ¿se ha leído alguien lo que escribió sobre los juegos de azar? Porque la guerra, en suma, es como un gran juego, un vasto tapete verde donde se escamotean las vidas. Y tal vez solo Francis Galton, inventor del saco de dormir y del anticiclón, estaría de acuerdo en afirmar que cabe establecer correlaciones entre una compañía de húsares, el tiempo que se estropea y un grupo de enemigos aislados, lo cual así se aplicaría para treinta o cincuenta compañías de húsares, de dragones, de infantería, en tiempo de tormenta, con niebla o con sol, en las colinas, en las turberas o en los prados, y que por lo tanto es posible pronosticar a qué abocará una guerra en cuarenta y dos días; sí, solo Francis Galton, tal vez, habría creído posible llevar a buen término tal cálculo, él que creyó descubrir, fusionando en una sola imagen una multitud de retratos, la morfología criminal. Pero, aparte de él, sin duda poca gente habría creído eso posible. Y el sueño meticuloso de Schlieffen, su gran embestida final al corazón de Borgoña, habría debido permanecer en los desvanes del estado mayor, como raras piezas de museo. Pero no se queda ahí el plan de Schlieffen. Porque, una vez derrotada Francia, hay que volver a ponerse en marcha, no hay un instante que perder; los soldados alemanes han de sacar la bufanda, arrebujarse en el capote, untarse las mejillas con glicerina y después —tras ser felicitados por su victoria— deben tomar el tren nocturno hacia el este, para ir hasta el fin de la tierra firme, a aplastar a los rusos.

Veamos ahora a ese hombre austero, ya jubilado, meditando en su piso de Berlín. Sigue cavilando sobre su plan, día y noche lo pule, y sobre todo refuerza el ala derecha, esa inmensa ala de cuervo que quiere cerrar sobre

Francia. Semana tras semana agrega batallones, unos miles de hombres y de fusiles. Quiere que esa ala armada bata pesadamente y penetre en Francia sin esfuerzo. Seguirá retocando su plan hasta su muerte. Su mano arrugada seguirá trazando líneas en mapas que amarillean, desplazando hombres de papel en un país de nombres. No se mueve de su despacho hasta medianoche, repitiéndose que un plan de agresión debe ser perfecto so pena de acabar convertido en una guerra de desgaste. Y, ahí, Schlieffen cree entrever el monstruo de una guerra inconcebible, interminable, eterna; y él que tanto ama la guerra, que le ha dedicado su vida, se percata de que, en el fondo, la odia, y de que si se ha pasado la vida planeándola, lo ha hecho solo para librarse de ella de una vez por todas, para dar con la solución más rápida, la menos costosa.

Entonces rehace sus cálculos, calibra de cabo a rabo su visión invasora. Corta puentes, hace pasar a una compañía de una a otra orilla, desborda Amiens, fulmina Picardía. Ve los charcos de la carretera, la grava ardiente, marcha con sus hombres, suda, se ahoga. Escruta durante treinta años el mapa de Flandes como si buscara la solución de un enigma. Pero ¿qué tiene Flandes tan misterioso para que lo ausculte de tan cerca, para que lo sitie con los ojos a lo largo de toda una vida? Nada, Flandes es un simple entramado de marismas, la madriguera de algunas abadías. Sin embargo Schlieffen lo resigue con la mirada y escruta la turbera con la pupila. Busca. Dispone cuerpos de ejército imaginarios, pero el objeto de sus itinerarios nocturnos no es poner en juego los auténticos efectivos de los verdaderos ejércitos, sino solo evaluar una y otra vez las capacidades de desplazamiento. Su obsesión son las carreteras y el ferrocarril. Se pasa la noche transportando soldados, dormita en la rutina de las locomotoras y se despierta con el chu-chú de sus pitidos.

Schlieffen recorre los trazados planimétricos como Le Nôtre recorría su jardín. Desliza un papel de calco sobre las curvas de nivel, sueña con las orillas del Sambre, sueña con ciudadelas, espuelas. El mundo se le antoja una gran fortaleza. Quiere tomarla. Y durante toda la noche traza líneas que son columnas de hombres en marcha, una vez más quiere comprobar cuántos soldados pueden cruzar de una orilla a otra, y en cuánto tiempo. Porque necesita articular una inmensa tenaza de seiscientos cincuenta kilómetros. Porque las mandíbulas de esa bestia enorme deben pesar lo necesario, contando hombres y máquinas. Ya muy entrada la noche, el anciano Schlieffen sale de su antro de cuero, está ahí su hija, fruta dulce que saciará su sed. Schlieffen bebe la ternura y la atención que ella le procura. Y, a cambio,

le lee algunas páginas de estrategia o de historia militar. A veces son unas líneas extraídas del testamento de Helmuth Karl von Moltke, otras veces son las páginas meticulosamente heroicas de Clausewitz. Helmuth Karl es el vencedor de Sadowa y de Sedán. Fue también un as del desplazamiento y el avituallamiento de las tropas; es el autor de dos fantásticas maniobras de embolsamiento. No hay nada tan hermoso ni tan elegante como circundar metódicamente al enemigo para luego reducirlo a la nada. Es una alegría que pocos hombres han conocido. El olor de la pólvora cobra en esos casos un regusto a miel y a anís. A diferencia de las guerras napoleónicas, comienza, el 3 de julio de 1866, con la batalla de Sadowa, la época de las maniobras masivas, de los amplios movimientos de hombres y de fuego. Se efectúan ya de seis a ocho disparos por minuto. La progresión de las tropas en línea, formando cuadrados y rectángulos regulares, se flexibiliza. El transporte de soldados por ferrocarril lo acelera todo. Los inicios del telégrafo y del teletipo permiten llevar a cabo planes complejos y detallados. Así, Von Moltke el Viejo planeó hacer converger sus tres ejércitos en un amplio movimiento de embolsamiento y destruir a los austriacos. Cosa que hicieron. Para Austria, supuso una debacle; hubo un ataque masivo en el centro, y a continuación los prusianos rodearon sus alas para aplastarlos. Idéntica maniobra se producirá en Sedán, en 1870, donde Mac-Mahon se refugió en su fatídica hondonada. Nada mejor, en efecto, que ocultarse en la depresión de una colina, al abrigo de nada. El 30 de agosto, Mac-Mahon decide finalmente cruzar el Mosa y marchar hacia Sedán, donde van a confluir dos ejércitos alemanes. Mac-Mahon decreta: «Descanso para todo el ejército mañana, 1 de septiembre». No corta ningún puente y se limita a conducir a toda su gente a una loma. Allí encienden hogueras, acampan y cenan. Entonces comienza el gran movimiento envolvente prusiano. El 1 de septiembre, Mac-Mahon resulta herido en la nalga por el estallido de un obús; poca cosa más ocurre. Hasta que sobreviene el desastre, oleadas de hombres aterrados, de caballos, de cañones. Al final, todos quieren salvar el pellejo, todos quieren entrar en Sedán y golpean la puerta de la fortaleza. Los cuerpos chocan entre sí, se asfixian. La ciudad arde. Entran en una ciudad en llamas. Nadie sabe lo que ocurre; no se entiende ya nada. El amable imperio que tan bien funcionaba, que tanto había aportado a Francia, se hunde en unas horas. El emperador ordena que se ice la bandera blanca. La izan una vez, cae, la izan de nuevo. Ya está, Francia ha muerto. Guillermo I lo ha contemplado todo desde una colina cerca de Frénois, acompañado de su estado mayor y de Bismarck; han pasado un rato agradable. Guillermo se alisa sin cesar sus formidables

mostachos; Napoleón III se estira de forma mecánica los pelos de la perilla. Pueblos de castores y de cabras, prusianos y franceses se llevan pésimamente desde hace tiempo. El fusil Chassepot no ha bastado al soldado de Francia, pese a los botones encerados de sus polainas. El ejército francés ni estaba preparado ni era lo bastante numeroso. Era un ejército de principiantes, que cargaban sus cañones de bronce por la boca.

Y así, existía ya por parte del gran Moltke, como más adelante por parte de Schlieffen, y un cuarto de hora o de siglo después por parte de Hindenburg, un desprecio por las victorias fáciles, tácticas; necesitan un primoroso embolsamiento, un barrido inusitado, primero a escala de una llanura, y luego a escala de un departamento, de un país. No desean esas victorias comunes y corrientes con las que se contentan los Joffre y los Pershing, no se conforman con que el enemigo retroceda o se retire: prefieren, a todas las victorias de un Fabio, cualquier derrota de Aníbal. Prefieren el terror causado en la noche por las antorchas en la ratonera de las rocas de Formia, a toda la sangre fría y el discernimiento romano, a una sutil guerra de desgaste, a una economía de hombres y medios. Les encantan el consumo desmedido y las ofensivas de excelso estilo.

La boca de Hindenburg guarda parecido con la de Schlieffen, las comisuras de los labios caen con los mostachos, un mismo tipo de dureza teñido de tristeza, una profunda amargura; tal vez sea eso lo que los alemanes denominaron «voluntad». A todos les gustaría golpear con su batuta el atril de una ópera, todos querrían su Trebia, su batalla de Cannas. Todos querrían cenar en el Capitolio. Y, perdido en ensoñaciones, el anciano Schlieffen pasa su dedo amarillo sobre una página de su Von Moltke: «La paz eterna es un sueño que dista de ser agradable», lee en voz baja. «En cuanto a la guerra, constituye una parte esencial del plan divino respecto al mundo». Esta frase le hace pensar, se desenrosca el monóculo. El gran Moltke amaba la guerra. Sí. La amaba con un amor desenfrenado, exclusivo. ¿Y él, Schlieffen, la ama lo bastante? ¿La ama lo bastante como para desear para la victoria? ¿Lo bastante para arrancarle su cresta de gallo? ¿Lo bastante como para concebir la mayor de las batallas, una batalla inmensamente alargada, compuesta de un solo y gigantesco movimiento, como una enorme bofetada a Francia? Sí, Schlieffen cree que la odia y que la ama, y porque la odia todo lo que puede —paralizado de terror—, la ama apasionadamente. Y se inscribe así en una herencia de deseos: Schlieffen, Helmuth Karl, Clausewitz.

Imaginemos ahora a un niño de doce años, portaestandarte de un regimiento de infantería. Avanza titubeante llevando la bandera durante el

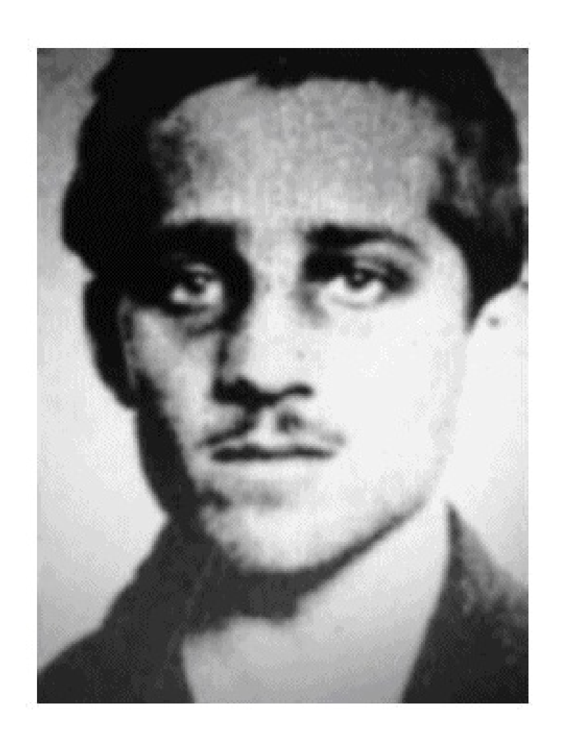
desfile victorioso de Maguncia. La multitud entusiasmada recibe al joven portaestandarte; lo ascenderán a oficial; en lo sucesivo, seguirá su camino a caballo. Ese niño es Clausewitz. Como tantos pensadores alemanes, desciende de una estirpe de teólogos y de pastores luteranos. Ha vivido entre las imágenes gloriosas de la Prusia de Federico el Grande. En el siglo XVIII, la teología pierde crédito, la sustituyen las Luces. Pero, para un prusiano, existen dos caminos hacia las Luces. El de Kleist, que, presente también en el asedio de Maguncia, abandona las armas, entra en la universidad y, fulminado por la incertidumbre, se metamorfosea en poeta y muere, de un balazo en el cráneo. Pero existe también el maridaje inopinado, y muy prusiano, entre el saber y la guerra. Así pues, dos senderos hacia las Luces: la poesía o la ciencia de las armas.

Lazare Carnot, llamado Carnot el Grande o el Organizador de la Victoria, es un oficial del cuerpo de ingenieros, brillante geómetra, que se sumó a la Revolución y luego a la Convención. Elegido miembro del Comité de Salvación Pública, se ocupó de asuntos militares. Creó los catorce ejércitos de la República. De ellos nacerá el Gran Ejército del Imperio. Será uno de los artífices de las victorias de la Revolución y de Bonaparte. Los medios materiales y la táctica, renovada por él, se hallan entre las causas de los reveses prusianos. Clausewitz, en su deseo de penetrar la esencia de aquellas victorias, discernirá bien entre el racionalismo militar y el entusiasmo de los ejércitos del pueblo; pero no verá que ese entusiasmo no puede desligarse de su contenido de lucha y de esperanza. En principio, un nacionalismo y un ideal militar podrán reemplazarlo e instilar el mismo vigor; faltará, no obstante, el contenido positivo, una justificación política profunda. El pensamiento de Clausewitz, racional y poético a la par —forjado en el cruce extraño de la espada, el espíritu y el sentimiento—, celebra el dolor y la regeneración, hijos del aislamiento y de la derrota. Todo ello no es sino la consecuencia del maremoto revolucionario: una exaltación de la cultura, que no suele ser más que la tradición disfrazada; pero también una exaltación de la fuerza, de la energía y de la voluntad, con vistas a trocar una humillación en victoria. Las cicatrices de la derrota pasan a ser los estigmas de una elección; la victoria venidera deberá ser proporcional a los sufrimientos padecidos. El populismo será una manera eficaz de remedar la democracia, conservando todos los valores del viejo orden; el nacionalismo imitará el fervor de los nacionalismos republicanos sin las ideas políticas de la Revolución; expresa una teoría del dolor a través del destino de un pueblo. Será el postrer don del dios austero de los predicadores, la fórmula de su

desquite: avanzar en el espíritu moderno portando cuanto se pueda salvar del antiguo, al igual que los kamikazes llevaban en la cabina del avión su sable de samuráis.

Kleist murió de una suerte de crisis nacional convertida en fracaso personal. La visión de la Prusia derrotada constituye la esencia de su posición en el mundo y de su psicodrama. Clausewitz busca en las ruinas la teoría de su valor y de sus esperanzas. Sabe que la Revolución inauguró una nueva era, pero se desmarca de sus valores. Necesita, pues, formular un pensamiento capaz de tomar de Francia lo que llevó a esta a la victoria, pero cuyo contenido será totalmente distinto. Y eso impulsará a Prusia y más adelante a Alemania hacia ese nacionalismo militar que es un suicidio de casi un siglo.

Verano



El Puente Latino viene a ser como el *ponte Sisto*, pero ¡cuán menos hermoso! Sus arcos están horadados por refinados círculos, pero las fachadas de los edificios son sumamente grises. Delante mismo del puente, una mancha de sangre. Una manchita roja, estrella nueva, caída de una herida. La mano que ha hecho eso es la de un hombre muy joven. Este ha cruzado con otros la frontera serbia y después se han ocultado unos días en Sarajevo. Allí han permanecido, encerrados en su desasosiego y sumidos los siete en una somnolencia angustiosa. Uno de ellos salía de vez en cuando a tomar el aire y recorría durante unas horas las calles floridas de Sarajevo. Pero no veía nada, caminaba deprisa, la cara pálida, atravesaba Ciglane o Bascarsija, y se alejaba, ciego a todo. Bruscamente, tras caminar largo tiempo odiándose a sí mismo, alzaba la cabeza y se descubría en el extremo de una calle vacía, en Skenderija o en otro lugar. Entonces otro flujo distinto a la angustia le asaltaba tras ese súbito despertar y le arrancaba lágrimas. La desolación del lugar, la sensación de estar solo, muy solo, lo devolvía de repente a su deber, ese deber de asesinar que se había impuesto. Y regresaba deprisa y corriendo a su escondite, y cuanto más se acercaba, más le volvía la angustia que había dejado. Ya las tiendas del centro y la multitud lo asfixiaban, y las últimas calles formaban para él un estrecho y amenazante pasillo. Poco después, tras precipitarse en la guarida, se sentaba sin decir nada, apartado de los demás, los labios fríos. Los siete jóvenes ignoraban totalmente el manejo de las armas y en su mayoría eran menores de edad. Parecían un grupo de niños locos, obnubilados por no sé qué verdad del alma, como caídos bajo el influjo de un maleficio. Y así fue como hacia el mediodía, el 28 de junio de 1914, Sofía Chotek recibió un balazo en el vientre. Su bello rostro se crispó, sus manos se unieron junto al ombligo, como si fuera a rezar una profunda oración. La cabeza le dio vueltas, oyó la voz de su esposo, y recordó tan solo una hilera de árboles junto al agua. Es Konopiště, a orillas del lago que bordea el castillo, los pinos son muy oscuros, muy severos. Las copas se mueven mecidas por el viento. Su marido le grita algo, pero ella no oye, no oye nada, las siluetas de los árboles ocupan todo el silencio, no queda ya el menor lugar para las palabras. Los grandes árboles se agitan y, tras ellos, Sofía divisa

ahora los tejados rojos del castillo, los curiosos tejados puntiagudos de las torres, y los muros blancos, tan blancos.

Sofía Chotek conoció al archiduque Francisco Fernando en un baile. Era una mujer dulce y discreta. Los numerosos retratos que de ella se conservan dan fe de esa dulzura, sus ojos miran a la cámara de manera intensa, con profundidad curiosa, y un no sé qué tímido y forzado. Aprieta un poco los labios e inclina enérgicamente la cabeza hacia delante con ardor contenido. A Francisco Fernando le había parecido guapa y serena; no necesitaron hablar mucho. Y fue mejor así, resultó muy grato dejarse cautivar simplemente por una presencia. Tras pasar largo tiempo enfermo, él se había sentido solo, deprimido, y, desde entonces, conocía el valor de los verdaderos afectos. Sofía Chotek contaba ya veintiocho años cuando se conocieron. Era dama de honor de la archiduquesa Isabel, una prima de Francisco Fernando, que soñaba con casar a una de sus hijas con el heredero del trono de Austria. El archiduque y Sofía se veían a escondidas desde hacía meses, y la archiduquesa creyó que el buen Francisco Fernando acudía a ver a alguna de aquellas señoritas, sus hijas. A fin de saber cuál de ellas sería emperatriz, abrió, maleducada, el reloj de bolsillo de su primo, ¿y qué vio entonces? ¡El retrato de su dama de honor! Aquello parecía un cuento de hadas, y la archiduquesa no era amiga de fábulas. Le gustaban los aderezos, los vestidos, las bodas fastuosas. Y decidió de inmediato librarse de Sofía Chotek. La despidió. Pero fue aquella dama y no otra, aquella dama de honor humillada, aquella dama que parecía amarlo por cómo era, que parecía dispuesta a amarlo en la sombra, siempre que él la amara de verdad, fue aquella mujercita, regordeta y predispuesta, fue ella con la que quiso casarse él, el futuro monarca. Y fue ella, en efecto, aquella dama, con la que el duque se desposará el 28 de junio de 1900, y para ello tendrá que tragar mucha quina. Tendrá que aceptar que, en presencia de la familia imperial, ella no pueda asistir nunca a las manifestaciones públicas junto a su marido. Sofía tendrá que hacerse a un lado, sonreír, callar. Sus hijos no serán herederos al trono y ella no gozará de los privilegios de los demás miembros de la familia. Así son las cosas. No se puede dar el salto de dama de honor a emperatriz, hay demasiados escalones. Para ello habrán de interponerse varias generaciones hasta poder auparse.

Así pues, una bala de revólver se deslizó en el vientre de la dulce Sofía Chotek. Habían tenido que restringir el servicio de seguridad debido a su presencia; cuando estaba ella, el archiduque no podía beneficiarse de todo su servicio del orden, debía contentarse con un servicio restringido por haber

contraído matrimonio con una mujer noble pero no de sangre real. Y toda la dinastía tuvo que pagar aquella tremenda falta de delicadeza.

Llevaban casados catorce años, ese día celebraban su decimocuarto año de matrimonio, y sin duda pese a todos aquellos años, o quizá gracias al paso del tiempo, todavía se amaban, y se amaban aún más que al principio; seguramente no de la misma manera, pero sí con esa familiaridad extraña, ese apoyo íntimo en que los seres se funden con el tiempo. Eran pues marido y mujer desde hacía catorce años; él, autoritario en ocasiones, receloso, cazador, gran predador de ciervos; ella, siempre discreta, pero tremendamente madre, con tres cachorros a su vera. Eso sí, hubo al final aquella criaturita muerta, aquel nacimiento refutado. Lloró un poco, pero estaban los demás, cuatro, seis y siete años, todavía pequeños, apenas capaces la mayor de montar a caballo, el menor de girar los pomos de las puertas del castillo. Por descontado, todos poseían los prejuicios de su clase, y nos cuesta concebir hasta qué punto prejuzga la gente de esa clase. En este minuto, sin embargo, eso tanto da, porque van a morir, porque son como los corderos cuando se los llevan, y visto desde aquí, ¡pues no!, no son tan horrendos ese archiduque y su esposa, su historia da pie a su muerte y a la prosaica tragedia de su amor, tal vez aislada por un instante del resto como un minúsculo estuche, no perfecto sin duda, pero a la postre conmovedor.

Y luego está el futuro, que viene a enturbiarnos la vista: a intensificar los colores y oprimir algunas formas, como una memoria diferente para un tiempo diferente, pero que se superpone a lo que vemos. Están aquellos tres niños, en 1914 ya han crecido, desde la muerte de su hermano tienen seis años más. La mayor tiene ahora trece, y el benjamín apenas diez. Se llaman Sofía, Maximiliano y Ernesto. Al morir sus padres, aquel día de 1914, se hará cargo de ellos y los educará la viuda de su abuelo, María Teresa de Braganza. Y esa hija de rey posee también una historia, que la sola herencia no agota. Era un alma abnegada y religiosa. Pese a ser duquesa, había obtenido un diploma de enfermera, cosa, a mi entender, curiosa. Se ocupó con suma paciencia de muchos niños que no eran los suyos. Y si bien Sofía de Hohenberg, la hija de Sofía Chotek, de pronto huérfana a los trece años aquel 28 de junio de 1914, fue educada por María Teresa y vivió largo tiempo —hasta 1990, acercando a nosotros, por su vejez, aquella lejana época de la guerra—, sus hermanos fueron detenidos por la Gestapo en 1938, y luego deportados. En Dachau, los relegaron a limpiar letrinas. Ernest, el más joven, pasó allí cinco años; se dice que recorría los senderos tirando de su carreta llena de mierda mientras

entonaba cantos austriacos. Sobrevivió al campo; pero, con la salud muy deteriorada, moriría nueve años después.

Como puede verse, el nombre «Sarajevo», la expresión «el atentado de Sarajevo», abarca a todas luces muchas más cosas que el doble punzón de sangre que le atribuimos. Están también los jóvenes exaltados, los asesinos: Nedeljko Čabrinović, dieciocho años, liberador de los serbios, de los bosnios o de los yugoslavos, como se quiera, muerto de tuberculosis en la cárcel; Trifko Grabež, que murió asimismo de tuberculosis; y Gavrilo Princip, aquel cuyo dedo apretó el gatillo, que tenía diecinueve años, que formaba parte de un club juvenil para la unión de los pueblos y que, tras varios años de encarcelamiento, poseía ese pequeño semblante castigado que muestra una fotografía, cara de profundas ojeras, ojos tristes, bigote corto y negro, con una chaqueta demasiado holgada sobre un torso desnudo. Murió cuatro años después también de tuberculosis, según dicen, cuando una celda no tenía ni techo, y donde debió de vivir a merced de la lluvia y la nieve, y donde sufrió maltrato y padeció hambre, tanta hambre. Y también está Vaso Čubrilović, de tan solo diecisiete años, que sin duda siguió a su hermano Veljko; su hermano será ejecutado el 3 de febrero de 1915, pero a él, a Vaso Čubrilović, lo liberarán los aliados en 1918. Pues bien, bastante después de todo aquello —bastante después de todos los muertos, bastante después de que colgaran a sus cómplices, el 3 de febrero de 1915, bastante después de que colgaran a Danilo Ilić y a Miško Jovanović—, tras estudiar filosofía, Vaso Čubrilović se hará conferenciante. Recorrerá a trancos el país de los serbios refiriendo lo que ha aprendido o creído aprender, tanto en los libros como aquel día, el 28 de junio de 1914, tanto en los cuatro años que pasó en la cárcel como tras la traición de la que fueron víctimas. Se hizo profesor y, nuevo atentado, si bien nada heroico en esta ocasión —era mucho menos joven, menos perdonable; y su causa ya no se defendía—, pidió por escrito la expulsión de los albaneses, la colonización sin piedad de las tierras de estos y su expulsión. Después, tras ser varias veces ministro, en 1944 reincidió. Entonces, ¿cabe aún creer que aprendiera realmente algo el 28 de junio de 1914 y que las gotas de sangre se tornaron gotas de saber? ¿Cabe creer que, durante los cuatro años que pasó en la cárcel, no hubiera reparado en que nunca se es lo bastante libre y nunca lo bastante necesario, que nunca recibiera, a través de toda aquella grisura, la flecha bendita? Pero si los conjurados, aquellos niños que tal vez tenían entonces razón, oscurecen totalmente a los príncipes de aquella época, empantanados en una vida estúpida y decente, en el momento en que la bala atraviesa el corazón de Sofía Chotek tanto da quién se equivoque, quién tenga

razón, tanto da quién sea un príncipe y quién un loco glorioso; cuando la bala que acababa de atravesar la portezuela del carruaje penetró en el vientre de ella, aquella bala encerraba, bajo su pequeño casquillo de cobre, todas las contradicciones de la época.

Una segunda bala voló y alcanzó el cuello del archiduque. Este posó la mano en la herida. Hacía un buen día, relucía el verde de los árboles, la multitud era densa, amigable; él se sorprendió. Lo raro era que, ya una hora antes, alguien había lanzado un cartucho de dinamita sobre el coche, que Francisco Fernando había agarrado al vuelo y arrojado al suelo. La explosión había destruido el coche que les seguía, hiriendo a varias personas. El conspirador se había tragado una píldora de cianuro y había saltado al río; lo habían atrapado al instante. ¡El cianuro estaba deteriorado y el río no rebasaba los diez centímetros de profundidad! Sobrevino una enorme confusión, amplios movimientos de multitud; los conjurados escurrieron el bulto, ya no se veía nada. Francisco Fernando quiso ir al hospital, visitar a los heridos. Y fue al dar media vuelta, un poco más allá, cuando recibió la bala que le estaba destinada.

Entonces, de repente hizo mucho frío. Europa entera se encogió como un caracol en la sal. Pero, muy rápidamente, algunas mentes se enardecen. Se comienza por interrogar al asesino, la pista conduce a la Serbia vecina. Desde el 5 de julio, Alemania reitera su apoyo a Austria y recomienda firmeza. Y es que el canciller Bethmann-Hollweg —quien de niño era ya burgomaestre o ministro de no sé qué principado de arena, y que vestía ahora un gran abrigo gris y lucía una bonita barba de músico— consideraba inevitable la lucha entre los pueblos, y las guerras horribles, necesarias. A su entender, por un lado estaba la fuerza y, por otro, la debilidad. Era sencillo y terrible. Theobald von Bethmann creía en la lucha por la existencia, se veía a sí mismo, junto con el pueblo alemán, abandonado a la selección natural. Y entre las ráfagas dementes del instinto, prefería el odio, la rabia, a la paciencia y la compasión. Su darwinismo era brutal y zafio. En los confines extremos de la vida, en las regiones de desierto absoluto, todavía existe una horrorosa rivalidad, quizá la más horrorosa que se da entre los seres. Opinaba que todos debemos recordar en todo instante que en determinados periodos, a lo largo de cada generación o en ciertos intervalos, se debe luchar contra la amenaza de una gran destrucción. Su obsesión era Rusia. Pobre Rusia, que iba a disgregarse en la guerra civil, en la hambruna. Era lo que obsesionaba a Theobald, un pueblo de mujiks sometido a un régimen moribundo. Algunos hombres se forjan un temor a su medida, un peligro que experimentan y expresan mediante toda

una gama de defensas y trucos. La angustia de Theobald era rusa, y esa angustia rusa determinó su política de riesgo calculado. Por eso alentó a Austria a subir el tono. Había que aprovechar la oportunidad: Francia contendría a Rusia, Serbia se quedaría sola. Pero Austria no se atrevía; dudaba, gran pánfila de cuarenta y siete años. Todo aquello era una cuestión de honor, de penacho de plumas. Así pues, se calcula todo lo que se puede; durante casi un mes, se calcula; porque el honor, como es bien sabido, calcula más ferozmente que la avaricia. Austria estira su dilema al máximo, todo un mes. Se debate y duda entre su montón de heno y el vacío; y el honor es el vacío.

Pero llegan las vacaciones, y el káiser no va a echar a perder sus vacaciones con prórrogas, no, lo más importante es el descanso y el sol. El jefe del alto estado mayor y el ministro de Marina se toman también sus vacaciones. Es verano. El káiser organiza regatas, practica deporte y recita torpemente amplios pasajes de historia militar. La gente se emociona ante la imagen de ese emperador que participa en regatas, el brazo atrofiado disimulado en la manga de su jersey marinero como en sus retratos, donde mantiene siempre la mano izquierda oculta tras la derecha. Con todo, pese a su minusvalidez y su coraje, pese a su rostro dulce y ese bonito hoyuelo en la barbilla, el más guapo bebé de Alemania se ha convertido en un ser ciclotímico, impulsivo y con frecuencia grosero. Se casó con Augusta Victoria de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, llamada «Donna», hija de Federico Augusto de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg. Tuvo con ella siete hijos. Guillermo, Eitel Federico, Adalberto, Augusto Guillermo, Óscar, Joaquín, Victoria Luisa. Todos son mayores de edad durante la guerra, en su transcurso ninguno morirá.

Hasta entonces su reinado no había sido más que un erizarse de puntas; y ese militarismo iba a arrojar a los pueblos al juego maldito de las alternativas. Las opciones se exacerbarían y aquel agravamiento de la existencia, aquella manera de afilar las flechas, de sembrar continuas maquinaciones, de mantenerse alerta, acerados, avezados al recelo, cargados de invectivas, aquella manera de tensarse, de estremecerse, fue como un largo grito lanzado sobre Europa, un grito que nadie oyó pero que sacudió los cuerpos, los manteles, las sábanas, la tierra, arrugando los semblantes, girando las cabezas. Y fue así como un albañil de Turingia (un ejemplo, un hombre entre otros) comenzó con sus manazas a tallar en madera pequeñas figuritas del emperador. Sí, aquel hombre, que enloqueció hacia 1906 y pretendía haber sido resucitado por Cristo o por el Archirrey de la electricidad, aquel gigante

de una sola pierna que se desplazaba a saltos rápidos y cadenciosos, tallaba en madera de caoba o de cerezo terribles estatuillas: retratos de Guillermo II. Karl Brendel, pues tal es el nombre del escultor, había comenzado esculpiendo una vaquilla arrodillada, animal modesto de grandes orejas y cortos cuernos, muy rápidamente descendió en picado de los tiempos en que vivía y, abandonando la conmovedora simplicidad, había comenzado a representar al káiser. Se hubiera dicho que el emperador había recorrido sin querer toda la yugular de los pensamientos y acababa de encarnarse, por fin, en su propio animal. Inmensos pelos le cubrían el rostro y escupía una cuchilla de hierro. Así, convertido en tótem, el emperador haría bailar a Europa. Sin embargo, no era solo ese autómata austero, esa fachada rígida, lo que mostraba. En privado, buscaba más a los cortesanos que a los hombres; frecuentaba a jóvenes oficiales e incluso se le sospecharon amores. Quizá fue lo más hermoso que hizo; jugueteaba.

Pero volvamos a nuestra guerra, volvamos al 23 de julio, es decir, veinticinco días después del atentado, cuando Austria-Hungría hizo por fin algo. Envió a Serbia un ultimátum compuesto de diez puntos. Aquello olía a artimaña apocada, a respaldo susurrado. En aquel entonces, una intensa red de alianzas vincula a unos países con otros, una delirante conjunción de intereses que se disimulan. Todo se funda en un sinfín de cálculos, de presunciones tan quiméricas como las que uno aventura antes de elegir un número de lotería. Sin embargo, todo el mundo se entregó a ello. Fue un asesinato premeditado a escala continental, un gigantesco juego en el que cada cual fabula su crimen a partir del crimen del otro. Se supuso lo que se pudo. Se consideró todo, salvo lo que se produjo. Y casi nada sucedió como se había previsto.

Y es que se habían previsto muchas cosas. Bismarck en primer lugar —cuyo abuelo fue discípulo de Jean-Jacques Rousseau y que, según dicen, citaba cada dos por tres versos de Byron o de Shakespeare y escribía a su mujer, con su letra regular y decidida: «Eres el ancla del lado bueno de la orilla»—, Bismark, pues, había emprendido una amplia labor de alianzas con el fin de aislar a Francia. Había tenido lugar la entente de los tres emperadores, la Dúplice, la Tríplice, y luego el Tratado de Reaseguro. Pero Guillermo II jubiló a Bismarck y lo sustituyó por Von Caprivi. No se renovó el Tratado de Reaseguro y se produjo un acercamiento entre Rusia y Francia. Al final, recogió la antorcha el viejo mundano Hohenlohe, quien, según se decía, sabía recibir y no confundía el tenedor para el pescado, pequeño y achaparrado, con el tenedor para la ensalada, distinguía a la perfección en qué orden podía encontrarlos alrededor del plato, y sabía esperar a que se enfriase

la sopa en su cuchara sin soplar encima, como hacían Laffite o Thiers, e incluso el tenedor para el bogavante, el misterioso *lobster fork*, con su pequeño pico de metal en la punta, no tenía secreto alguno para él, desprendía con destreza el menor fragmento de pulpa, y aun habría sabido cortar las pinzas, si otros no lo hubieran hecho por él, doblar el cuerpo y empujar delicadamente la pulpa fuera de la cola en un solo trozo, sí, sabía perfectamente hacer todo eso, pero en lo tocante a la diplomacia, bueno, no despuntaba tanto.

Y sin embargo fue así, entre dos bocados de gambas y langostinos, como todo el mundo comenzó a negociar alianzas, acuerdos; y en vísperas de la guerra acabó concertándose un sistema muy estricto de apartados y de condiciones, de tratados solemnes y secretos, que se superponían unos a otros. De este modo, Francia y Rusia debían entrar cada una en guerra en el caso de que una de ellas fuera atacada por Alemania. Gran Bretaña secundaría a Francia en el caso, y únicamente en el caso, de que los intereses vitales de ambas naciones se vieran amenazados. Alemania, Austria-Hungría e Italia harían causa común en el caso, y únicamente en el caso, de que otros dos Estados atacaran a una de ellas. Parecía un gran carrusel de ruedas y engranajes; parecía un derecho de sucesión extraño, que no hace sino repartir golpes.

Austria-Hungría presentó, pues, su ultimátum y en ese instante se aceleró todo. Al día siguiente, Rusia ordenó la movilización en las regiones de Odesa, de Kiev, de Kazán y de Moscú. En Belgrado, el embajador de Inglaterra está enfermo, el ruso acaba de morir y el francés de enloquecer. La mañana del 25, Serbia moviliza a su vez a sus tropas; pero por la noche declara bruscamente que acepta todas las disposiciones del ultimátum, salvo una. Y precisamente es la disposición que enoja, la que se mira con mala cara, y por ambas partes. Serbia no quiere investigadores austriacos en su país; es su derecho más sólido; y no obstante, sin eso, una investigación resultaría totalmente inútil. Entonces Austria monta en cólera. Al día siguiente establece una movilización parcial, y el 28 declara la guerra a Serbia. El 29, a su vez Rusia moviliza a sus tropas. Y al día siguiente es Alemania la que se encrespa ante tal barullo.

En Francia, Jaurès denuncia los manejos del gobierno; no quiere esa guerra totalmente ajena a los pueblos. Se desgañita, se enfurece, pero su voz trasluce una suerte de dulzura. Y de súbito aparece una mano empuñando un revólver; el dedo aprieta el gatillo, el disparador libera el martillo que golpea. El pistón estalla y el pequeño cilindro de plomo abandona su cámara e inicia

su carrera desenfrenada a una velocidad de casi trescientos metros por segundo; recorre el cañón y, fulgurantemente —granizo escupido—, el pequeñísimo espacio que lo separa del cráneo. Allí —justo encima de la nuca blanca, suave, cubierta de pelusilla— penetra en el hueso, el occipital quizá, larga escama de color crema que reposa con sus dos patas redondas sobre el raquis. Y eso atraviesa el cerebro, sale, pongamos que por la frente —allí donde se encuentra la misteriosa cueva pensante—, y va a anidar, bajo la cornisa, en una mala obra de carpintería.

Y Jaurès cae; cae sobre su vecino de mesa, con la servilleta entre los dedos y la boca aún llena. Su barba se sumerge en la cerveza. Alrededor de la mesa se agolpa de inmediato una multitud, pero no son ni los mineros de Carmaux ni los viñadores de Maraussan los que se atropellan; son los curiosos. Al instante se detiene al asesino; es Raoul Villain, con esos párpados que le caen sobre los ojos. Será juzgado después de la guerra y —la ira se habrá diluido entre tanta sangre— absuelto. Se trasladará entonces a las islas Baleares, a la tierra de los antiguos reyes moros, a vegetar entre los jardines secretos y los molinos de trigo. Subirá sin duda alguna vez al Puig, desde la cala San Vicente, y dará largos paseos por las playas. Pero será inútil. Beberá toda la sombra de los emparrados, todo el frescor de las palmeras, pero no entenderá nada. Y precisamente porque nunca había entendido nada, en 1936, tras haber espiado para los franquistas, aparecerá una mañana en una playa de cantos rodados, un grueso boquete en el pecho.

Pero, por el momento, seguimos en el café Le Croissant, ante el cadáver de Jean Jaurès, en la rue Montmartre, una tortuosa calle por la que pocos días después descenderán los reclutas. Porque ese asesinato precipita la crisis. Los socialistas se reagrupan. En su homenaje a Jaurès ante la Asamblea, Deschanel invoca «la salvación de la civilización»; estalla la guerra. De pronto suenan los teléfonos por doquier; las operadoras hunden las clavijas en inmensos paneles; es Europa entera la que llama, *Wer spricht? What? Allo!* Y en todas las lenguas, se utiliza la jerga de las grandes ocasiones. Se preguntan lo que hay que hacer, si los alemanes harán esto y si los belgas lo otro, si los rusos harán esto y los austriacos aquello, pero nadie lo sabe; y para estar seguros de decírselo todo, se telegrafían, se ejecutan series de bips largos o cortos y silencios, tatatiti tita tata tititita tititati tati; lo cual significa: la guerra. Y esas migas rotas que los satélites han reducido a nada, al igual que la diéresis fue eliminada por la prosa, circulan en millares de cables donde se deslizan en millares de oídos, por el cuerno hasta el tímpano, que vibra y golpea el martillo que golpea el yunque que golpea el estribo. Y ese pequeño

estribo, el hueso más pequeñito del cuerpo, transmite el niño querido a la cóclea, donde va a prenderse en las pestañas. Y ahí, milagro, se oye algo, millares de personas oyen, ¿y qué oyen? Siempre la misma musiquilla, la misma madera seca que se astilla riendo: *Voeina, savash, rat, Krieg, war*: la guerra. Nada más. Con su gruesa faz llena de huesos y de hollín. Entonces las multitudes se lanzan a los hombros largas serpentinas llenas de agujeros, las bobinas del telégrafo; porque los pueblos se ríen cuando comienza su infortunio.

Y así se envían miles de invitaciones para el baile. Porque ahora todos los países que se reparten el mundo, esos pequeñísimos países que se han abalanzado sobre China, India, África, y los han troceado, recortado, en cuyo interior han trazado otras fronteras y que han rebautizado con otros nombres, esos pequeños países turbulentos, que han sorprendido a los pueblos de ultramar en su viejo sueño y a los que han sacudido para que caigan todas las monedas de sus bolsillos, quieren ahora bailar una formidable giga, un branle, una contradanza. Se invitan, se apresuran, se envían notas ardientes en sobres de colores.

El 1 de agosto, Alemania declara la guerra a Rusia. Francia moviliza a su ejército a las cuatro de la tarde. Al día siguiente, Alemania invade Luxemburgo y exige a Bélgica que deje pasar a sus tropas. Queda claro que todo va muy deprisa, que los sobrecitos pasan a toda velocidad de mano en mano. El 2 de agosto, el Imperio otomano y Alemania sellan una alianza contra los rusos. El 3 de agosto Bélgica rechaza el ultimátum de Alemania, y esta declara la guerra a Francia, y después a Bélgica. Todas las cabezas se vuelven, se agitan y se entrechocan. Nadie sabe ya colmar su propio abismo interior. Y la cosa sigue. El 4 de agosto, el ejército alemán entra en Bélgica; Inglaterra declara la guerra a Alemania. Entonces Canadá, Australia, India, Nueva Zelanda y Sudáfrica entran en guerra. El 6 de agosto, Austria-Hungría declara la guerra a Rusia, y el 11, la que declara la guerra a Austria-Hungría es Francia. Tan complicado es el juego que a todos casi les da miedo olvidarse a un enemigo. ¡Ah!, precisamente Inglaterra se había olvidado de Austria-Hungría, el origen de los follones. Por último, el 23 de agosto Japón declara la guerra a Alemania, ni se sabe ya por qué.

La mies



Ahora sí, las sombrillas se cierran, se vacían las tabernas. La primavera ha mostrado sus hojas verde suave, que se han hecho más anchas, más densas, y el contexto político se ha malogrado. Los ulanos duermen sobre sus lanzas, los granaderos dormitan en el polvo, de súbito los despierta un toque de corneta. Hay que ponerse en marcha. En pocos días se hacen muchas señales de la cruz. Europa entera, en un gesto conmovido, se lleva las manos a la frente. Se reza, se bebe schnapps o Pernod. Entretanto, el zar juega al tenis. Sigue utilizándose mucho el teléfono, se suceden las órdenes y las contraórdenes. Pero, desde el 31 de julio, apenas separa a los ejércitos una postrera capa de angustia. Se diría que están ahí mismo, a unos milímetros unos de otros.

El mariscal Joffre está inquieto. A ratos le da la impresión de que los alemanes están ocultos detrás de su cama, bajo su escritorio, entre las pilas de ropa blanca y el cortapapeles. ¿Y dónde están sus soldados? En sus cuarteles de provincias. Entonces redacta una nota enérgica, convincente; ¡cada día de retraso son veinte kilómetros perdidos!, asegura al ministro de la Guerra. Tenemos a Francia cercenada, mordida por las botas.

Austria-Hungría quería dar una buena lección a Serbia; pero al no haber tenido la audacia de actuar a solas, ha arrastrado tras ella a muchos pueblos. Una retahíla de rostros, lenguas, uniformes. Se diría que la tierra entera ha decidido bruscamente ponerse en marcha. De pronto, el káiser ha tenido una revelación: mientras no se ataque a Francia, Inglaterra no chistará. A toda prisa corre junto a las paredes de los pasillos, se precipita hacia las escaleras bajo los *putti*, aprieta el paso en la esquina del patio y trota entre los macizos del jardín barroco hasta la silueta de Von Moltke el joven, a quien ha vislumbrado desde la escalinata. «¡Eh!», le grita, «¡eh!, espéreme, me lo he pensado bien, hay que atacar por el este, ¿me oye? Hay que parar todo esto, hay que interrumpir el plan Schlieffen, ¡ahora mismo!». De pronto se detiene, sin aliento, entre dos bolitas de boj. Von Moltke lo mira. «Pero, Majestad, ¡para ello se necesitaría todo un año de papeleo!». Ah, eso ya es otro cantar. Una interminable pila de papeles cae sobre las narices del káiser. Papeles, planos, sobres sorpresa, notas redactadas por pequeños Schlieffen medio

locos; y esos papeles llueven, nievan, lo cubren todo. No hay nada que hacer, el papel se convierte en carne, en acero, en pólvora. En lo sucesivo, los serbios quedan lejos del escenario de los combates, que les den; han desempeñado su papel extático, provocador. Dentro de un año oirán sonar sus primeros disparos.

Y, bruscamente, surgió un cuerpo. Un solo cuerpo formado por millones de hombres. Un cuerpo de pan y de vino. Y los millones de piernas de ese cuerpo gigantesco, bajo sus pantalones rojos o grises, han marchado marcando el paso. Se cubrían la cabeza con quepis abollados o cascos en punta. Los cascos en punta son los alemanes. Avanzan por el andén de la estación sin atropellarse, son buenos chicos, ardientes de entusiasmo, parten a comulgar. Los quepis son los franceses, escriben con tiza en los vagones: «¡Tren con destino a Berlín!»; se asoman a las ventanillas cantando canciones fanfarronas. Pero todos parten, se van, besando a las chicas, arrojando las boinas sobre los raíles, gritando, charlando, fumando. Se acabó el progreso, se acabaron los bailes al aire libre, se acabaron las orillas del Marne. Los baños de mar se reanudarán más adelante, dentro de cinco años, las sombrillas se abrirán de nuevo, los pies pisarán la arena. De momento, los parisinos fuman Galoises en el andén, los campesinos caminan por la carretera, los hamburgueses toman el tranvía, de cada pueblo parten los reclutas, los reservistas: Fritz Haeckel, Otto Bleiss, Jurgën Reinhard, Karl Moser, Frederich Hein, Henry Floch, Gustave Berthier, Gervais Morillon, Marcel Rivier, Roland Deflesselle, Georges Gallois, Jean Mando, y a todos les salen pequeñas matas de pelo sobre los labios, todos calzan botas, o sea clavos en la planta de los pies.

Estamos en la escalinata. Todos los pueblos del mundo vendrán a morir a lo largo del Mosela. Todos los soberanos de Europa quieren mojar su pan con mantequilla en el mismo café. Descienden los escalones de sus palacios, la multitud aplaude. Miradlos en las fotografías en blanco y negro, lavanderas de una colada de espumas que se adivinan de color rosa. Mirad esas grandezas caducas, esos Luis XIV de bazar, posturas anticuadas, alfombras gastadas, viejas malas razones de Estado. Ya no hay nada sagrado en un káiser, en un Nicolás II, un Jorge V. Este colecciona sellos, otro es tenista, y el otro participa en regatas. Ni bombonas de agua bendita bastarían para hacer de esos príncipes otra cosa que majestades de folletín. Los acompañan nobles banqueros. Los alemanes disponen de abundante oro; el Juliusturm de Berlín está repleto. ¡Doscientos millones de marcos! El tesoro de guerra de 1870. Los franceses, por su parte, poseen escasos fondos; tan solo pueden aguantar

unos meses, nada más. Aseguran estar archipreparados para la guerra pero, en realidad, preparado no hay nada; los uniformes proceden de guerras antiguas, las trompetas están abolladas, y las banderas han servido para envolver toneladas de vajilla. Los franceses harán peor la guerra que la artesanía de las trincheras. Serán muy hábiles en transformar los casquillos en ceniceros, en cubiletes de dados para las más fabulosas mesas de *backgammon* de todos los tiempos.

En el inicio de las hostilidades, en cierto momento se verá a todos los ejércitos quedar paralizados, durante uno o dos días los fusiles permanecen suspendidos en el aire, el olor a col sustituye al de la pólvora. Y es que se ha calculado a la baja el gasto de obuses y balas, se reciben diez obuses de 18 milímetros al día, ¡pero se necesitarían mil!, ¡diez mil!, porque en un solo minuto de combate se disparan los diez obuses calculados para un día. Después sobreviene una siesta vacía, angustiada. Un ángelus de moscas. En nueve meses, Gran Bretaña pasa de tres mil obuses al mes a doscientos veinticinco mil. Cada uno de los aliados hará sus pedidos a Estados Unidos, que ajustan la oferta a la demanda. Se calcula, se planifica, pero se bombardea cada vez más. Se precisará una economía de guerra, una financiación de guerra, millones de rublos, de marcos, de francos y de libras se transformarán en millones de dólares y en millones de obuses. Los alemanes, por su parte, hacen sus compras en casa, fabrican sus Krupp, sus Mauser, sus propios artefactos de diluvio. Entran en la escena de la Historia los fabulosos fabricantes de raíles, de acero y de cañones. Bertha Krupp, hija de Alfred, nieta de otro Alfred, biznieta de Friedrich Krupp, el fundador, emplea a ochenta y cinco mil personas, posee nueve acererías, ciento ochenta martillos pilones, siete mil máquinas. Fabricó la Gran Berta, un obús gigante, con un calibre de cuarenta y dos centímetros, capaz de perforar tres metros de hormigón. Idearon este mortero el amable Rausenberger y el bueno del capitán Becker. El modelo más desplazable pesaba cuarenta y dos toneladas. Cada disparo de obús, caro y sublime fuego artificial, costaba tres mil marcos. Las Grandes Bertas devastaron los fuertes de Lieja, de Namur, de Maubeuge, de Amberes y tantos otros. Más adelante, el dulce Rausenberger adaptó ingeniosamente algunos tubos y dio a luz al cañón que debía destruir parte de la iglesia de Saint-Gervais un Viernes Santo. La bóveda se desplomó mientras que el cáliz subía hacia el cielo; hubo ochenta muertos. Una menudencia para los Krupp. Sin embargo, Bertha es una mujer guapa; visita sus fábricas ataviada con un vestido de muselina y un bonito sombrero repleto de begonias.

Para la guerra, el Reich dispone de dos años de reservas de oro, más los valores extranjeros y una participación en numerosas industrias. Pero no bastará con eso, habrá que emitir billetes de banco, bien lisos al principio, cubiertos de tinta y de primorosos dibujos. Harán falta cada vez más. Los billetes son pequeños mensajes cariñosos que los jefes de Estado y los banqueros envían por cientos de miles a los pueblos por amor. Pero a veces esas demostraciones de amor se ajan misteriosamente; se devalúan y los precios suben más deprisa que la yedra por las ruinas. Muy pronto la más pequeña bala sale tan cara que uno se pregunta si merece la pena matar a un enemigo. Uno se lo piensa antes de disparar, escoge el blanco, eso ya no acaba de funcionar. Pero Alemania quiere entablar libremente su batalla, e imprimirá billetes como quien imprime esos libros malos que todo el mundo lee pero que nadie recuerda.

Ahora todos los soldados del mundo están planchándose la guerrera. Tienen una cita. En los andenes de las estaciones van a repartirles cigarrillos, caramelos. Se está reuniendo a miles de caballos, todas las razas de Europa serán montadas a pelo por los campesinos de Clermont y los granaderos de Bremen. Los hay andaluces, lusitanos, angloárabes, frisones, kabardinos, hannoverianos, del Franco Condado, cobs normandos, achaparrados, buloñeses, con su graciosa estampa de caballos de circo, holandeses, tarpanos, ardeneses, lipizzanos, de Merens, palominos, akhal-tekes, purasangres ingleses, poitevinos de pesadas cuartillas, shires de cascos peludos. El arca de Noé los acoge a todos antes de cerrar sus puertas. Y las pisadas de botas resonaron en toda Europa, y las ruedas se pusieron en marcha, trazando por doquier sus líneas paralelas, dejando en medio una pequeña banderola de hierbas.

De repente, el 3 de agosto, al atardecer, el káiser dirige una llamada amistosa a Bélgica. La aplicación del plan Schlieffen requiere pasar a través de sus trigales y de sus majadas para cerdos. El káiser pide cortésmente autorización al rey de los belgas. Bien pensado, ¿no es un poco alemán el rey de los belgas? Es un poco duque de Sajonia, un poco príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha; para el káiser, una especie de primo. Pero es un príncipe independiente, el más fino bigote de toda esta guerra: lleva las mismas gafas que Bertolt Brecht. Ha prestado juramento en francés y en neerlandés, es el primer soberano belga que lo ha hecho; ha visitado el Congo y ha criticado con vehemencia la política de explotación de la colonia. Pero ahora ya no

basta con hacer un viaje y pronunciar hermosos discursos, ahora hay que tomar una decisión que comprometerá de modo decisivo el futuro de su país. Y la toma. Manda destruir los puentes sobre el Mosa y ordena al comandante de la fortaleza de Lieja que aguante hasta el final.

Entonces las Grandes Bertas marcharon sobre Lieja como un enorme rebaño de bueyes. Giraron hacia los fuertes de Pontisse, de Loncin y de Fléron. Para disparar, el artillero debe mantenerse a doscientos metros de la Gran Berta, ponerse un casco acolchado y echarse boca abajo sobre la alfalfa. Transcurren sesenta segundos, tan lentamente como una estación del año tediosa. Hasta que estalla el fuego, un enorme bum, una columna de humo y cenizas. Los obuses pesan novecientos kilos. A las doce y media el fuerte de Pontisse había quedado arrasado; las murallas de hormigón habían reventado. Los asaltantes, horrorizados, tomaron posesión de una colina de cascotes. Los fuertes cayeron uno tras otro, a intervalos regulares. Todo parecía responder a un programa escrito por los alemanes y en una lengua tan solo legible para ellos. Dos días después se produjo una explosión tremenda, doce toneladas de pólvora. Era Loncin. Los franceses iban a tener que defenderse. ¿Y qué tenían previsto? ¿Qué paraguas tenían previsto para protegerse de aquellos enormes zurullos de novecientos kilos? Tenían el plan XVII. Un pequeño plan formidable. Un plan de barrera de hielo. Querían atraer el gran río hacia ellos por el paso de Charmes. A derecha e izquierda, encaramados en las cimas de Mosa y los Vosgos, los cuervos más altivos de Francia habrían sostenido firmemente su queso en su pico de hierro. Esos dos relieves están fortificados y son muy accesibles. Desde allí resulta fácil deslizarse tranquilamente hacia el Mosela y hacia el Rin. Ese es en resumen el plan XVII, que no sería especialmente malo si los alemanes no hubiesen esperado más. Y es que los alemanes, sospechando que los franceses soñaban con algo similar, no tenían previsto ni mucho menos penetrar en Francia por allí; colocaron en esa parte un cordón de tropas ficticias. La auténtica ofensiva convulsionará las tierras de Mons y de Charleroi, se precipitará en Maubeuge, Saint-Quentin, Mézières, Soissons; surcará los grandes yermos del oeste, el noventa por ciento de las tropas alemanas están allá. Con Francia blindada, férreamente envuelta tras sus espesas capas de coraza, los alemanes iban a burlarla y atraparla fuera de allí; será en la llanura picarda donde deslizarán una mano pesada y ardiente, para ir a anidar en otro lugar, en medio de ella. Querían formar una gran cimbra armada, que se arquease desde el humus de Flandes hacia Amiens pero sorteándolo —desdeñando la sonrisa benévola del ángel que vive posado en la esquina de su iglesia—, para curvar por último aquella

enorme cola de cocodrilo, que barriese Francia como un enorme salón de actos, y estrechar amorosamente su puño en el hueco de un Alpe. Y el enorme latido del Berta obedece al dictado de ese amor; ese mismo amor que le costó a Francia ser atropellada por cuatro millones de hombres, el tener que verlos cruzar sus fronteras movidos por una atracción poderosa, regular; y es realmente un hecho extraordinario que los alemanes la visitasen tres veces en menos de cien años, penetrando en los valles, cabalgando por los collados, arañándose las pantorrillas en sus gavillas de paja.

Los primeros días, el estampido del cañón fue como el toque de trompa del señor Seguin del relato de Daudet, que llamaba a no sé qué alma perdida campo a través, para advertirle cariñosamente de que cae la noche. Pero la joven cabra no escuchaba, no quería dejarse atar de nuevo ni roer su estaca; quería trotar por las simas, trepar a los matorrales. La olvidaron. Se desató una tormenta. Los franceses emprendieron el primer asalto. Procedieron a abrir una brecha por donde debía desencadenarse una de esas grandes ofensivas que nunca se llevan a término. Es el 7 de agosto. Hace buen tiempo, el aire es un poco pesado. Los franceses marchan sobre Mulhouse para liberar a la población; pero los alemanes, de un empellón, los obligan a retroceder hacia Belfort. Joffre se siente afrentado. Destituye a un general y a un comandante. En noviembre, habrá destituido a noventa y dos generales de división. Y es que las medallas y las cruces son bonitas, pero los puestos son caros. Pueden verse todas en un Larousse ilustrado; una lámina muestra por un lado las setas: amanita cesárea, boleto, lengua de gato, colmenilla, rebozuelo, cornezuelo, levadura, y volviendo la página aparecen las condecoraciones: la cruz de la Legión de Honor, estrellada de nácar blanco, el ojo ribeteado de azul y la cinta roja; a continuación la medalla militar, brillante corona de laurel con su pequeño aro azul, suspendida de un anillo de plata y ornada con un puñado de tubos de cañón, un hacha y un sable; y por último la cruz de guerra, terrible cruz de Malta y espadas, la más fea y la más anhelada de todas.

Después no pasa nada. Se diría que los pueblos se han arrodillado tras las fronteras y se piden perdón. Se diría que han abandonado granjas y máquinas para ir a decirse en voz muy queda amables frasecitas que no osaban escribirse. Durante diez días comparten las raciones, reparten, se despliegan, improvisan una inmensa línea de tragafuegos. Interminables columnas se deslizan entre los setos de zarzamoras, entre los campos de avena, por las riberas de lentos ríos. Como abejas de una colosal colmena, van a depositar sus granos de polen junto a los cañones. Los soldados han vuelto a recorrer

los senderos de sus abuelos; dentro de veinticinco años, sus nietos habrán alcanzado también la edad de ir allí, un poco más hacia el norte, a esperar al mismo enemigo.

Y todos los mediodías, mientras se acercan los alemanes, Joffre almuerza con apetito. Evoca con el cocinero las maravillas del *navarin* de cordero, el buey a la borgoñona, la carbonada a la flamenca. Pero sobre todo se hace cruces de los suculentos pollos al *riesling* que muy pronto podrán saborear en Colmar, de los *kouglofs*, del *strudel*, que le chifla, de los pequeños *bereweckes* de miel, que a fin de año se ponen a remojar en el schnapps de ciruelas, y se imagina muy pronto de comandante en jefe de un ejército de pan de especias, hombrecillos de miel, herederos de una receta que trajo de China Gengis Kan, de quien era la comida favorita, que a nosotros nos llegó gracias a los cruzados, y convertirse, amasada por las manos pelirrojas, en esa pasta de monjitas, en forma de adoquín, que madura a veces de tres a seis meses antes de quedar dúctil, ligera, mezclada con yemas de huevo, especias, plantas aromáticas, y, por último, cocerse en uno de los hornos especiales de Gertwiller, pueblecito de Alsacia que, costara lo que costase, había que reconquistar. Por supuesto, Joffre no se olvidaba de Lorena, de la hulla, del hierro ni de las minas de sal. No despreciaba ni los mostachones de Boulay, ni las peladillas de Verdún; y además, tras la ofensiva fallida sobre Mulhouse, hubo que olvidarse un poco de los pastelillos.

Disfrutaron, pues, de diez días de esparcimiento. Bruñeron los cañones y se lustraron el calzado. Luego, con la orquesta a la cabeza, desplegando el azul, el blanco y el rojo, los franceses decidieron lanzar un nuevo ataque. Fue la ofensiva de Lorena, el 14 de agosto. ¡Olvidado el revés del 7 de agosto! El primer ejército de Dubail y el segundo de Castelnau se dirigen hacia Sarreburgo. Allí se han dirimido una y otra vez los viejos litigios entre galos y germanos, entre francos salios y ripuarios, entre Neustria y Austrasia, entre todas las Alsacias y las Lotaringias mal repartidas, que hablaban dos lenguas, la galorromana o la germánica, una cristiana, la otra pagana, una urbanizada, la otra salvaje, una rica, la otra pobre, una poblada, la otra desierta, y después lengua romana y lengua tudesca, siempre escindidas, siempre juntas. Vieja, vieja frontera en cuerpo y alma, *Francia occidentalis, Francia orientalis*, que tantas perrerías se hicieron mutuamente por unas pulseras de oro, por un abrigo y por la hulla.

Fueron cuatro días sublimes para los franceses. Cuatro días de charangas. El 29 de termidor, fue Château-Salins la que se recobró, luego Dieuze, y por fin, el 1 de fructidor, día de la ciruela, Sarreburgo, ciudad que pasó a ser

francesa en el apogeo del reino de Luis XIV, cuando este acaba de desposarse con su amante en un oratorio de Versalles, en presencia de su confesor, del arzobispo de París y de su ayuda de cámara. Hasta Sarreburgo todo va bien, los alemanes han retrocedido paso a paso, como un ejército de cangrejos. Pero allí, de repente, algo se estrecha, el tornillo se atasca. Tal vez baste aplicar más fuerza para desenroscarlo, volver a la carga; pero no. Así y todo, hasta el 20 de agosto no pierden la esperanza. Los ejércitos han avanzado un poco al azar, sin coordinarse demasiado. Ahora están dispersos: una parte en Alsacia, otra en el Sarre, otra aquí, otra allá. Parece que todo va demasiado bien y que las fuerzas, despistadas, se desperdigan. Se avanza, pero ¿hacia dónde? Hacia un soñar despiertos, como si la guerra se librara sola y, avanzando con la mirada perdida, fueran a toparse un día con el enemigo, y entonces bastara tocarlo para derribarlo.

Pero, el 21 de agosto, el sueño toca a su fin. El 6.º y el 7.º ejércitos alemanes, los de Ruperto de Baviera y de Von Heeringen, contraatacan. Se produce una desbandada. Los franceses no retroceden, se largan; cruzan el Meurthe y suben a todo trapo a las cumbres de Nancy o de Saint-Dié. Allí los ejércitos se parapetan, aguantarán firme; así lo ha prometido Foch, con ese hablar tamizado por sus frondosos mostachos; siempre mantiene sus promesas, según dicen, y no conoce la desesperación. O mejor dicho, sí la conoce, pero está oculta en lo más hondo, allí donde nadie la ve, donde el corazón es blando y el gran ojo está reventado.

Por supuesto, Foch es uno de los teóricos de la ofensiva a ultranza, uno de los hombres que planearon esa zambullida colectiva y simultánea, la catarata, oleada tras oleada. A los franceses aquello les viene del año II, del encarnizamiento de Marceau, Kléber y Morlot, en la batalla de Fleurus. Les viene de Saint-Just, de aquel 26 de junio de 1794 en que el Reino Unido, Austria y Hannover atacan a las fuerzas francesas en torno a Charleroi bajo un sol abrasador. Y, mientras arden las cosechas, los franceses sienten eso, esa ultranza, y a causa de la locura de los hombres con sus bayonetas, el enemigo acaba por retroceder y se bate en retirada. Aquel día nació la idea loca, la esperanza en la punta de una pica, ese modo de rebañar a los países con carne como rebañamos un plato con pan. Y pese a la derrota de 1870, que se achacó a un ánimo defensivo y timorato, se predicó el ímpetu por doquier. La vida de los soldados contaba poco, había que vencer a toda costa; y eso era lo que les contaba Ferdinand Foch a sus alumnos: convertía aquella desmesura en una fiesta, en una exultación. Mientras relataba las victorias de un Napoleón y la derrota de otro, no paraba de darle a su birimbao, tocaba una y otra vez su

musiquilla entusiasta ante un público patidifuso. Foch sabía manejar a una clase, sabía recorrer las filas, adoptar el tono justo. Durante años machacó todos los oídos que pudo. Y sin embargo, pese a esa teoría tan deplorable, de consecuencias asesinas, pese a su propensión a una vía pura, heroica, arrastrando por los caminos de la mañana a todos los pecadores de la Tierra, una propensión que fue en cierto modo para los franceses lo mismo que la maniobra envolvente para los alemanes: una monomanía; pese a su moral de lancero, pues, ese hombre áspero, lleno de determinación, posee esa clase de espíritu que hace que todo funcione. Su rostro está roto como el de las estatuas antiguas en los nichos. Se asemeja a un montón de franceses de los que podan los viñedos o maniobran las esclusas de los ríos. Su ternura no se manifiesta, es de las que crecen en silencio bajo una capa impermeable de autoridad.

Tras esa breve ofensiva, los franceses han regresado al establo; es un desastre. Y un poco más al norte, la cosa sigue; Joffre ha ordenado que el 3.º y el 4.º ejércitos penetren en las Ardenas. Frondosos bosques de robles, hayas, abedules. Tierra de carboneros y leñadores, tierra de corzos, gamos, donde crecen la orquídea y esa flor blanca cuyas borlas vuelan al paso de los regimientos. Durante unos días, los franceses avanzan al ritmo de un canto convulso e inquieto. De pronto, al alba se topan con un puesto avanzado alemán. Entonces todos se dejan arrastrar por el pánico y se dispersan. Ya no cantan ni ríen, nadie se distrae mirando cómo se mueven las ramas de los grandes árboles. No, salen pitando. Las ametralladoras siegan piernas, brazos, todo cuanto sobresale. Se corre muy rápido en Francia, en la Francia amputada por la guerra anterior, de hecho fue más que suficiente, si nos paramos a pensarlo. Los coloniales, solos, resisten. Perderán a once mil hombres de quince mil. Pérdidas considerables.

Recapitulemos y repasemos la situación. El 10 de agosto, los franceses retroceden en Alsacia. El 23 de agosto, retroceden un poco en todas partes: en Mons, en Charleroi, en Lorena, en las Ardenas, toda Francia retrocede, recula. El 1.º, el 2.º, el 3.º y el 4.º ejércitos reculan. En Alsacia se ocultan tras el Meurthe, en Lorena tras el Mosa. Pero más al oeste no pueden ni ocultarse. Corren, ponen pies en polvorosa. Aquello recibe el nombre de batalla del Sambre. Y tiene lugar el 24. Aunque Bélgica está sufriendo una ofensiva de muy gran envergadura, el alto mando francés no quiere renunciar al plan XVII. Aun así, el 23 de agosto por la tarde ese plan está ya desfasado; no vale una resma de papel. Pero sigue pensándose que los alemanes no vendrán de allá arriba. No, no y no. Irán derechitos a la trampa que se les ha tendido. Pero esa

trampa es ahora como una ratonera que se ha cerrado sola sin atrapar nada. En Vitry-le-François, en el Marne, el cuartel general oye de súbito retumbar el cañón. Es el dios alemán del trueno, Odín o Thor, no se sabe muy bien, pero arma muchísimo ruido. Lanrezac dice que se va a liar una buena, que los alemanes llegan por el norte, que van a envolverles. «¡Cállese!», contesta Joffre, «no diga tonterías, ¡sabemos muy bien que vendrán por allá, entre el Mosa y los Vosgos!». Pero no. Llegan por arriba. Muy pronto no puede negarse que hay gente allá arriba, que se oye mucho jaleo. Entonces las convicciones de Foch se nublan y este, por si acaso, envía a Lanrezac al ángulo entre el Sambre y el Mosa. Y he aquí que aparecen de pronto, en sentido inverso, el 1.º, el 2.º y el 3.º ejércitos alemanes, a galope tendido. En esta ocasión el enfrentamiento es inevitable; están allí también los ingleses; todo el mundo va a luchar. Los soldados se fuman, sin saberlo, sus últimas pipas. Helos aquí arrojados a las retortas de Cagliostro, que los sujeta en su puño y los alinea en las riberas del Sambre, despacito, como frágiles figuritas colocadas en anaqueles. Lanrezac quiere aguantar desde las orillas, sabe que los combates serán encarnizados; se ha mostrado siempre contrario a la ofensiva a ultranza y, desde la declaración de guerra, trata de advertir a Joffre del riesgo de ver aparecer a los ejércitos alemanes por el norte; y eso es exactamente lo que ocurre. Se ven obligados entonces, con un ejército mal preparado y en el último minuto, a combatir con los tres ejércitos de Von Kluck, Von Bülow y Von Hausen. Los tres *von* constituyen una curiosa amalgama de arrogancia, frialdad y lealtad. De no ser por la atención que prestaba Lanrezac, el ejército alemán se disponía a hundirse como un cuchillo en la espalda del ejército francés. El plan Schlieffen funcionaba a la perfección. Von Kluck lo seguía al pie de la letra, incluso en los puntos y aparte. Al cabo de dieciocho días de campaña, doscientos mil hombres y cuarenta mil caballos habían recorrido ciento sesenta kilómetros. Von Bülow coordina los movimientos de los tres ejércitos alemanes y quiere atrapar a los franceses en una tenaza. Todo estratega alemán sueña con eso, con conseguir un movimiento de tenaza. Y a los oficiales no les fascinan ni los mangos cruzados de la tenaza ni la pequeña clavija que las une, no, lo que les fascina son esas quijadas que se abren y se cierran, la sensación de que con ellas van a agarrar, a apretar, a cercenar.

Pero la guerra no es esa hermosa partida de ajedrez o de go que uno imagina; es una sucesión de errores, de torpezas. Se hacen malabarismos con lo que sea y caen del cielo toda clase de objetos. Es una lluvia de peladillas en las ruedas de molino. El Sambre gira, gira, pivota, baila lentamente en un

paisaje de collados. Las gaviotas de tierra chillan. Los primeros obuses que surcan el cielo se reflejan en el agua. El cañón regaña a los niñitos del Mosa: «¡Es tarde!», les dice, «¡está anocheciendo, ya es hora de iros a la cama! ¡Marchaos a casa, volved! ¡Escuchad las campanas!». (Desde la revolución, todo el mundo sabe que los cañones son campanas, antiguas campanas fundidas). «¡Escuchad!», dice el gran abejorro mugriento, libando ya en las toperas. Y los soldados oyen, pero no escuchan. No arrojan los fusiles al agua, no regresan a las carreteras de Alemania y de Francia, no escuchan la palabra que ha brotado, brutal, a gritos: «¡Marchaos!». Se quedan. Los obuses acá, los soldados de infantería allá; y se aferran a la tierra, al ruido, y a ese gran pez de cien kilos que coletea en la culata. Adivinan las piernas bien depiladas de la Libertad bajo su bata y estiran con los dedos ya ennegrecidos, las uñas rotas, de la fina cuerdecilla de cáñamo que le ciñe la cintura.

Habían sacado las banderas venerables, las habían izado en las grandes astas por encima de las melenas, y Joffre, el buen rey de bastos, dijo: «¡Andando! ¡Vamos! ¡A Baviera!». Pero desde los primeros sustos de Sarreburgo habían sufrido lo suyo. Sí, la comadreja y el conejillo ansiaban la misma madriguera, pero el conejillo de Tours o de Gascuña tenía que ser prudente. Los Capeto, los Hohenstaufen, los Napoleón, los Bismarck, los Lancaster, todo ese bonito mundo de cabezas redondas, puntiagudas y de gorras, todas aquellas flores de lis, aquellas águilas bicéfalas, aquellas *N* gigantes, aquellas Union Jack, aquellas franjas negras, blancas, rojas, azul ultramar, todas aquellas muecas heráldicas, delineadas con punzón, estampilladas en brocados, en seda y en piedra —vidas de flores, de animales y de letras doradas—, se aglutinaban ahora en las curvas del Sambre como los nudos de juncos y de limo de un solo rosario. Entonces Lanrezac dudó. Él, que mantenía los riscos del Sambre, que había situado muy bien a sus soldados tras los muros, los cerros y las ventanas del país, deja que los alemanes le birlen dos meandros del río. El anochecer del 21 de agosto, Lanrezac ordena recuperar el terreno perdido. Tontería supina. Había que mantenerse en los riscos y en sus puestos todo lo posible, aferrarse a la tierra con las uñas, con los talones, con todas sus fuerzas, pero sobre todo no avanzar, no exponerse a contraatacar para recobrar lo que estaba perdido. Había que abandonar al enemigo en las orillas del río y descargar una lluvia de balas sobre ellos —pero sobre todo no descender de los repechos, sobre todo no intentar escribir deprisa y corriendo, en el rincón de una mesa de bistró, un sexto acto—. No, no había que dejarse conmover por las ciudades, las aldeas y las granjas destruidas, por todo lo que acababa de ser derribado y

arrasado. Había que esperar, bañarse en la sangre fría de la gigantesca culebra, y dejar que los alemanes se estrangularan un poco con los lazos del Sambre.

El día más mortífero de todos los tiempos



El 22 de agosto de 1914, madrugaron. Desde primeras horas de la mañana, las tropas francesas fueron repelidas, barridas, el corneta recibió tantos balazos que exhaló un postrer sonido estridente y después enmudeció. Los hombres caían como chinches. Aquel día, Lanrezac no fue el único que enjugó los rostros de los muertos. En Lorena, en las Ardenas, por doquier, los cuerpos que habían tardado tanto en desarrollarse, en crecer, en lucir pelo bajo la barbilla, tardaron poco en yacer en la hierba. Se veían montones y montones de cuerpos humanos. Jamás las guerras del pasado, jamás las grandes batallas de las Mesopotamias habían sido tan crueles. Jamás los Nabu ni los faraones habían hundido tan hondo sus dagas. Jamás los Aníbal, los Alarico, los Clodomiro habían segado vidas con tal indiferencia. Madre Coraje colgó sus farolillos tanto en las ventanas de los cuarteles generales como en los nichos del cielo, en vano. Los Bülow, los Hausen, los Kluck, los Lanrezac, los Castelnau, los Dubail, los Joffre, los Moltke que la Historia parece haber arrojado a las sendas de los hombres, para infortunio de estos, habían decidido que aquel día se cazarían soldados en tierras de Bélgica, en los bosques y llanuras de Francia. Lo habían decidido, se arrancarían las plantas grasas, pequeños bulbos verdes, aglutinamiento de carnes deformes, y se los lanzaría a todos, de repente, al asalto de no sé qué imaginaria fortaleza. Se luchó en todas partes. A culatazos, a cuchilladas con aquellos puñales que habían tenido la excelente idea de enganchar en la punta de los fusiles, a bombazos, con ametrallamientos inconcebibles, y el ra-ta-ta-tá inusitado de aquel día segó el corazón de veintisiete mil hombres.

Robert Pershing Wadlow medía dos metros setenta y dos y ostenta el récord del mundo. Stephen Taylor posee una lengua de casi diez centímetros y ostenta el récord del mundo. En los cien metros lisos, Jim Hines bate en 1968 el récord del mundo con 9”95; en 1983, bate el récord Calvin Smith con 9”93; en 1988, lo hace Carl Lewis con 9”92; y en 1991 Leroy Burrell lo rebaja dos centésimas de segundo, y de nuevo Lewis pulveriza el récord con 9”86. ¡Pero tres años después Leroy Burrell lo mejora en una centésima de segundo! Y dos años después le corresponde a Donovan Bailey ganar su centésima; luego, en 2006, tras el extraordinario récord de Green, que ha

ampliado un ápice los límites humanos, un jamaicano logra rascar 2 centésimas de segundo más, un milagro del que no se sabe ya qué decir. Y todo ello para alcanzar, en 2008, las 9”69 centésimas, es decir, una ganancia de 26 centésimas de segundo en cuarenta años, es decir, apenas más de 6 milésimas de segundo por año. Lo que viene a significar que nuestras proezas deportivas son ahora una lenta y lúgubre deriva de los continentes. Las guerras, en cambio, han ido más rápido. Y así, las fortalezas volantes bombardean Dresde del 13 al 15 de febrero de 1945; la Royal Air Force y los estadounidenses descargan sobre la ciudad bombas de racimo e incendiarias. Causaron unos cuarenta mil muertos. Pero apenas seis meses después, a las 8 horas, 16 minutos y 2 segundos, hora local, tras cuarenta y tres segundos de caída libre, *Little Boy* estalla a seiscientos metros del suelo, desperdigando los insultos escritos en su culata, y una pequeña y única bomba mata instantáneamente a setenta y cinco mil personas. Es Hiroshima.

Con todo, imaginemos tan solo durante cuarenta y tres segundos los veintisiete mil muertos del 22 de agosto de 1914, jornada que fue, en su momento, la más mortífera de la Historia. ¡Imaginemos a los veintisiete mil durmientes del valle! Imaginemos a Auguste Piel, a Joseph Loeb, a Victor Metz, imaginemos a cada uno de ellos, en su persona más exacta, tumbados allí, cada uno. Hay miles de Charles, de Célestin, de Paul, cientos de Otton y de Karl. Oímos cantar al río, nos deslumbra con sus jirones de plata. Están allí, la cabeza descubierta, miles de bocas abiertas, la luz llueve sobre su sueño. Imaginemos sus blancas aletas de la nariz estremecidas por el viento del atardecer y veamos esos miles de boquetes rojos abiertos en el abdomen, la frente, la espalda, imaginemos esos cuerpos despedazados, la hierba negra.

Al día siguiente, un poco más al oeste, al noroeste, se reemprende la partida. Los alemanes avanzan exaltados. Son felices, el sol calienta los cascos, refulgen las bayonetas. Pero un poco más abajo, en torno al saliente de Mons, unos hombres han cavado agujeros. Unos hombres armados con fusiles Lee-Enfield, con revólveres Webley, con ametralladoras Vickers. Esperan. Al borde de los caminos, en la cuneta, esos hombres están tumbados y esperan. Tras ellos, pesadas pacas de heno ruedan en el vacío. De repente estalla un obús en las afueras de Mons. Hace su aparición una patrulla de caballería alemana. Hay disparos, carreras, atrapan a un oficial de húsares. Tiene la rodilla destrozada. Pero no grita. No mira a nadie. Se mantiene erguido y altivo como el primer prisionero de guerra que es. Entonces, a los pocos minutos, los campos se cubren, los bosques mean hombres, estos saltan los setos, aparece una inmensa multitud bajo el cielo. Hasta quinientos

cincuenta metros, eso es lo que las balas del Lee-Enfield corren en horizontal; aguardan a que se presenten los alemanes. Los apuntan siete mil fusiles, unas armas capaces de efectuar quince tiros por minuto. Cada cual encañona a una figura desconocida, cada cual sigue por unos instantes las peripecias minúsculas de otra vida. Y de pronto dispara, sin esfuerzo. La figura desaparece. Busca otra y dispara de nuevo, y luego le toca a otra, y a otra, y así sucesivamente. Es como una máquina lanzaplatos. En menos de un cuarto de hora los batallones alemanes han desaparecido en el curso de una espantosa carnicería; hay cuerpos por todas partes, tumbados estúpidamente bajo el sol; las moscas zumban en torno a los cráneos. Luego se presentan otros batallones. Los británicos prosiguen incansables su mortífera tarea. Pero sin cesar llegan alemanes, y cada vez más. Las filas británicas empiezan a ralear, los disparos de mortero van tachando la fina hilera de los siete mil fusileros. Y es que hay doscientos mil alemanes. ¡No los detendrán con siete mil hombres! Por lo tanto, vuelan los puentes y se retiran, dejando tras de sí una alfombra de cadáveres.

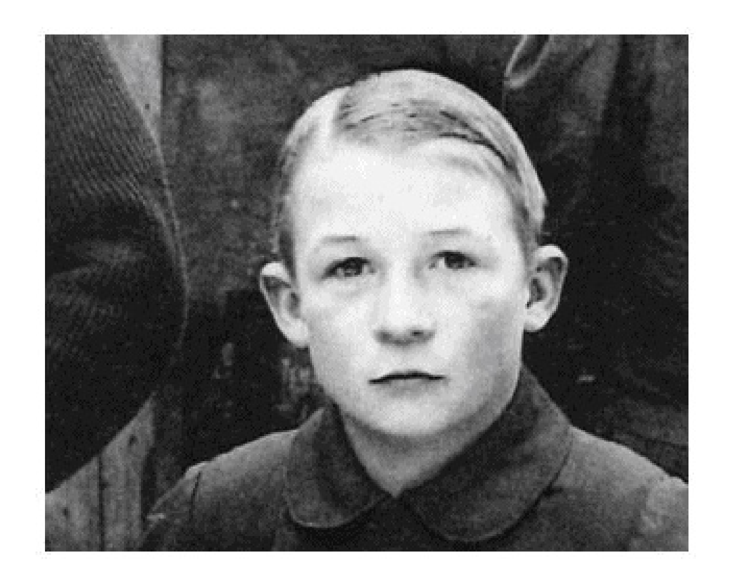
Y, por supuesto, todo eso se pudre, se pudre para convertirse en el abono del año siguiente. Todas esas carcasas de carne, todos esos uniformes ¡producen humus, hongos, nutrientes, álcali! También el corazón se pudre lentamente dentro de la carne que bulle. Una mano fría le impide latir y levantar su caja de huesos. Los brazos abandonan el cuerpo, los testículos horadan su bolsa de piel, la mueca de los rostros cambia. Muy pronto, esos jóvenes llenos de vida no son ya más que nidos de urraca, los picos los acribillan, las trompas los chupan, los perforan los aguijones, las lombrices, toda una población minúscula y voraz. Luego, el sol que seca, el viento que muele, y entonces el polvo de los cuerpos inunda la tierra. Un campo de batalla es un paisaje como cualquier otro. Pero sembrado de cuerpos humanos, de armas, de toda suerte de objetos. Domina la impresión de abandono. Los cuerpos yacen sobre el vientre, sobre la espalda, de costado, arrugados, dejados allí sin vergüenza alguna. Entre el 21, el 22 y el 23 de agosto, decenas de miles de soldados caen bajo el fuego. El inmenso caracol alemán toca con sus cuernos Saint-Quentin, Charleroi, Pont-à-Mousson, Sedán. Muchos recuerdos comunes.

Meissonier fue un mentiroso encantador, transmitía un aire glorioso a todas las desdichas francesas. El sitio de París de 1870 es ciertamente un cuadro que en su tiempo debió de asustar, las muertes aparecen plasmadas en sus poses absurdas, con la dosis necesaria de sudor mezclado con aceite; y Meissonier debió de comprar sangre y cera al vendedor de colores. Unos

rostros lívidos miran al vacío. Unos cuerpos de trapo aparecen inertes en el suelo, meros bultos, entremezclados, hacinados al albur de su caída, la muñeca rota, la mano como la pata tendida de un cachorro de perro. Son tres mil ochocientos treinta y cuatro cuadraditos de un centímetro compuestos de polvo, andrajos y desespero. Es hermoso. La bandera francesa desgarrada ondea al viento. El cañón resuena por donde vuelan los cuervos. Un poco antes, Mathew Brady había fotografiado los cuerpos caídos, los setos que separaban a los cadáveres, los rostros impenetrables de su guerra civil. Los cadáveres respetan más que los vivos el tiempo de exposición de la cámara fotográfica. Se despliega el pie, se abre el fuelle y se cubre la cabeza con el confesonario de tela. Se ven los cuerpos invertidos, tumbados sobre el cielo, y el cielo está abajo, caído en tierra. Cierta cantidad de luz, proveniente de los cuerpos, se desliza en el objetivo, y fija en una placa mágica sus copos de verdad.

Hojeo un álbum de fotografías del periodo 1914-1918. La primera muestra un camino, podría ser un camino cualquiera. En el centro, en primer plano, hay un hombre muerto, las dos piernas arrancadas. Otros cadáveres yacen arrumbados a lo largo del camino. Un poco más arriba, un soldado se vuelve, con cara de enfado, hacia el fotógrafo, es decir, hacia nosotros…, está meando contra una pared. Otra fotografía muestra a un hombre caído en un agujero y cubierto de tierra. No se le ve la cara, solo sus manos huesudas. La tercera fotografía parece al principio extraña. Es un árbol. Un árbol bastante alto y frondoso. No se ve lo que hay entre las ramas, pero si uno se acerca, comprende de improviso que es el esqueleto de un caballo. Está ahí, descuartizado, a cinco o seis metros del suelo. Un par de cascos, cual enormes pendientes, cuelgan a lo largo del tronco. Otra foto muestra un falso cadáver, un cadáver blindado, por decirlo así. Servía de protección a un tirador, siniestro camuflaje: un hombre a cuatro patas, el cráneo blanco, la ropa desgarrada. Otra foto es un paisaje lunar. Enormes troncos triturados, fantasmas de árboles, hilachas.

El gran vacío



Entonces todo el mundo hizo la maleta y lio el petate. Partieron todos juntos por las carreteras de Francia, hacia el sur, por costumbre, como las barnaclas. Atravesaron Francia tirando de las carretas, empujando a los ancianos, acarreando cajas, sacos, y haciendo rodar los barriles de San Bernardo. Todos se pusieron a la tarea. Partieron en busca de un no sé qué suave y azucarado; y tan solo encontraron un poco de trabajo y de desprecio. Segaron el heno en los Alpes, vendimiaron en Borgoña, pero sobre todo fabricaron armas. Las mujeres, respondiendo a la llamada de Renault y de Billancourt, se apuntarán y, de pie, levantarán un obús tras otro, alzarán la campana… Dos mil quinientos obuses pasarán a diario por manos femeninas. Cada día, cada mujer sopesará treinta y cinco mil kilos. En un año, cada mujer de Francia manoseará novecientos mil obuses, siete millones de kilos. Y esa mujer de 1915, de 1916 y de 1917, llevará los brazos desnudos, tendrá el pelo cada vez más corto, el talle cada vez más bajo y la figura cada vez más fina. Tal vez la mujer moderna, sus primeros esplendores y su confianza culpable, la debamos a las fábricas de guerra, a su ritmo de trabajo demencial.

Pero, por el momento, están esas carretas tiradas por perros y cabras que transportan a las abuelas, un pueblo con gorra que desfila entre gritos por los caminos. Son campesinos, obreros, burgueses, habitantes de las ciudades cargados de bultos que, en medio del calor, se precipitan a cámara lenta hacia el mar. ¡Toda una multitud miserable va a arrastrarse desde Namur, Louvain, Mons y Charleville-Mézières hasta Agde, Sète, Frontignan, Lattes, Le Grau-du-Roi, Fos-sur-Mer! Caminarán uno, dos, tres meses, se detendrán a vendimiar el pouilly, el sancerre, el mâcon y el nuits-saint-georges. Luego se dedicarán a recoger todas las patatas; hundirán la laya a uno y otro lado del surco, levantarán delicadamente los terrones de tierra, arrancarán las plantas, una por una; luego recubrirán sus canastas con paja y las depositarán en bodegas oscuras.

Algunos, al cabo de unas semanas, los pies cubiertos de ampollas, llegarán al mar. Una vez allí, se detendrán, pensativos, a la luz del alba. Han arrastrado tras ellos su corazón, vieja máquina de piedad. Entonces, miran. Las olas bañan sus pies castigados y llenos de roña; y depositan todas sus

preguntas sobre la arena. Pero los demás (y también ellos mismos, una vez que ha pasado el instante de gracia o de estupor) fueron asignados a las tareas difíciles, y, mientras los alemanes avanzaban cantando las baladas de Schiller, mientras voceaban *El caballero de Toggenburg* o *Fridolin, escudero modelo,* mientras aquellos jovencitos atravesaban el Mosa y el Sambre, imaginando no sé qué derecho de filiación que los vinculaba aquí a Carlos el Calvo, allá a Luis el Germánico, mientras los Otton, los Conrad, se merendaban el norte, interrumpían ese gran cara a cara que ningún pueblo se consiente nunca plenamente a sí mismo, jubilosos al principio (porque cada éxito refuerza en el vencedor la sensación de que está actuando con pleno derecho), tirando de sus cañones en dirección a otro éxodo, apenas menos cándido y mugriento; es decir, mientras Arnulfo y Teobaldo atravesaban Neustria, ellos, los pequeños brazos del norte, tiraban de su carromato tambaleante. Las filas se desplegaban en medio del calor pútrido, cielo azul, azur sucio; y el pueblo avanzaba, partía, dejaba atrás, marchaba acarreando sus vellones muertos, sus cajas de nabos, sus bolsas de ropa. Pasarían a ser cavadores, obreros de todas las cureñas, de todos los casquillos. De momento, los dobladillos de sus pantalones se descosían y abrían, sus manos hurgaban en las zarzas, las mujeres recogían las moras en sus delantales y todos ellos dormían bajo barcas de lona. Aquella marcha era sin duda un gran poema; los niños corrían cien metros, luego lloraban para que los auparan, y después callaban durante días. Caminaban chupándose el pulgar, la cara ensombrecida. El padre vareaba fruta en los árboles de Auvernia, la madre caminaba tricotando.

Mientras se sucedían los combates, la ropa lavada desapareció de las ventanas, la recogían y la doblaban deprisa y corriendo. Mientras se sucedían los combates, a menudo la gente abandonaba la casa a la que jamás retornaría. Porque Lovaina será incendiada, arrasada y saqueada; las doscientas treinta mil obras de la biblioteca de la universidad arderán. Lille será abandonada; un regimiento de ulanos entrará en ella para preguntar el camino hacia la estepa de Francia; ochocientos ochenta y dos edificios serán destruidos, y mil quinientas casas. Las calles Saint-Genois, Ponts-de-Comines, Faidherbe, Molinel, Béthune, la plaza Richebé no serán más que ruinas. La gente beberá el agua que circula por los canales de la iglesia Saint-Maurice. ¿Y Reims, la catedral de los reyes?, ¿quién no habrá visto alguna vez una fotografía de su campanario erguido por encima de las ruinas? ¿Y Noyon, Péronne, Pont-à-Mousson, Roye? Y cuántos pueblos, Craonne, Saint-Germainmont, Limey, Mandres-aux-Quatre-Tours. ¡Y las iglesias! Notre-Dame de Brebières, que no

es más que un montón de piedras, y la catedral de Soissons, cuya nave está desventrada.

Eso significa que la gente no se marcha porque sí. No tardará en ir todo muy mal. Mucho peor que en ese momento. Esa jornada del 22 no es nada comparada con su repetición sin gloria. Porque la cosa durará. Cuatro años. Se verán largas filas de camillas, más largas que todas las procesiones de orugas y de curas.

La retirada



De pronto, los franceses retroceden muy deprisa. Retrocede incluso el gran cuartel general. Abandona Vitry-le-François el 21 de agosto y se instala en Bar-sur-Aube; pero el 5 de septiembre se hallará en Châtillon-sur-Seine. Habrá resistido quince días. Los alemanes llegan a marchas forzadas; estos no se habrán expuesto gran cosa, quizá solo a que les salgan ampollas en los pies. Es un verano radiante, abrasador, uno de los más espléndidos del siglo. Joffre redacta un despacho sombrío y lúcido: tienen que retirarse; pero no en desorden, la victoria sigue siendo posible; los alemanes se alejan de sus bases, nosotros nos acercamos a las nuestras. Prevé una contraofensiva, una victoria; lo que después vino le dará la razón; pero la retirada será más dura y costosa de lo que cree. Toda el ala izquierda recula. El plan Schlieffen prosigue su labor de machaqueo. Joffre es un enorme jefe de estación; intenta orientar a los franceses a través de la niebla. Para los alemanes, el problema es de otro calibre; ahora tienen delante París, un pedazo de ciudad imposible de traspasar. Según Schlieffen, París es una roca en medio de la corriente; tendrán que pasar por la derecha o por la izquierda. Si pasan por la derecha, el ala exterior de su ejército se arriesga a sufrir un ataque de la guarnición de París. Si pasan por la izquierda, el ala alemana se quebrará y expondrá el flanco. Schlieffen, en el invierno de su vida, había concluido: «Somos demasiado débiles».

Y he aquí que los ejércitos alemanes se acercan a París, y he aquí que en las carreteras se forman embotellamientos, que el dispositivo se tambalea. Los alemanes se deslizan al adentrarse en Francia: Péronne, Noyon, Compiègne, todo va a pedir de boca; cuando, de pronto, un pequeño forúnculo de nada produce una comezón en el tentáculo de los Nibelungen, el famoso, el que debe enroscarse sobre Francia. De repente, al tentáculo lo recorre una incertidumbre, apenas una duda, suelta un gallo. Por de pronto, desgajan de su carne cuerpos de ejército que envían al este, o bien permanecen en la carretera, para asediar Amberes, Maubeuge, para ocupar Bruselas. Va a echarse en falta esa gente. Y luego está Von Kluck. Ese hombre extraño tomará una decisión —una sola decisión, en apariencia diminuta—. Tras haber luchado contra los ingleses en Mons y en Le Cateau, ha perseguido, fiel

perro de caza, al ejército francés. Ha descendido por los collados, ha cruzado y recorrido los ríos, y de pronto, en el mes de septiembre, en el instante en que Von Moltke el joven decide repentinamente dirigir al primer ejército hacia el sur, resulta que Von Kluck hace caso omiso. Prosigue su camino, indolentemente. Quiere destruir él solo al 5.º ejército francés, es lo que le interesa. El gobierno de Francia parte hacia el sur, Gallieni gobierna la capital, mientras Von Kluck persiste en su fatídico movimiento deslizante. Pero he aquí que Von Moltke acepta: en vez de darle un tirón de orejas, de borrar aquello de un plumazo, lo ratifica. Entonces el plan Schlieffen se desbarata un poquito. Le ha entrado un grano de arena en el ojo. Un plan se oxida enseguida, se encalla. Y los alemanes están cansados, el 2.º ejército se detiene y descansa, se repliega en las trincheras. El 1.º también. El 5.º ejército francés aprovecha para retirarse un poco más allá, en silencio. Los ingleses se dispersan por los campos y Joffre, el bueno de Joffre, concentra fuerzas en París. Entonces sucederá algo extraordinario, algo que ya nadie se esperaba.

El calor es agobiante, el cielo está radiante. Unos destruyen puentes que los otros, de inmediato, reconstruyen. Los ejércitos alemanes e ingleses se lanzan breves saludos. Los puestos avanzados se hostigan, pero lo que importa es caminar. Unos se repliegan, otros avanzan. Cada cual cava dentro de sí mismo, revuelve su arcilla, hace acopio de fuerzas. Nada, ya no quedan. El agotamiento se apodera de todos: los alemanes, los franceses, los ingleses duermen de pie, tropiezan, se caen. Comen conservas de buey, mascan galletas. Los soldados se tambalean en la intensa luz, con la visera echada. El sol pega fuerte. El polvo se adhiere a la cara. Los pies sangran.

De súbito, el 6 de septiembre, el ejército francés suspende la retirada. El ejército alemán penetra hacia el sur: Von Kluck da saltitos como una bailarina, cruza el Oise y se dirige al Marne. Se aposenta en Compiègne. Y allí, tras las columnatas y frontones, entre los brocados rojos de su dormitorio, Von Kluck, calzándose las zapatillas de Luis XV, se tomó por un rey de Francia. Por un instante creyó que su cabeza se ornaba con un círculo de pequeñas puntas. Se paseaba por el parque, peinándose los mostachos con las agujas de pino, cuando de repente comenzó a soñar; y mientras soñaba, su ejército avanzaba lenta, regularmente. El plan Schlieffen, aquella colosal puesta en práctica de una estrategia, todos aquellos años de cálculos, aquellas veladas de estudio, aquellos mapas, aquellas promesas, todo aquello se tornó de repente turbio, dudoso, y el viejo Schlieffen, momia de apenas dos años, recién salido del embalsamador, gritó: «¡La derecha! ¡Refuercen la derecha!». Fue inútil. Von Kluck no escuchaba ya a Schlieffen, escuchaba los latidos de

su propio corazón. Quería alcanzar a Lanrezac por la espalda, aplastar a aquel ejército francés que se largaba ante él. Buscaba él también el golpe indefectible, decisivo. Como los demás, expulsaba a Dios a su manera. Como Clausewitz, como el gran Moltke o Schlieffen, quería encabritar al destino. Entonces la gran ala derecha, aquella fabulosa bruja de los germanos, se tuerce, se arruga, y Von Moltke el joven da luz verde, y Kluck se desliza, avanza, avanza, tan feliz que no se plantea tener que detenerse algún día. Avanza, poeta, bailarín. Avanzará, deslizándose, hasta el mar, hasta África, ¡hasta el Polo! El más grande ejército jamás reunido en un campo de batalla avanza. Ha avanzado siguiendo el curso del Oise apacible, junto a las esclusas, a los canales, ha bordeado las lagunas de Péronne, pasado por los valles boscosos, bajo los fresnos. Se ha deslizado por Roye, bajo su cielo rojo y azul, junto al café Merlu, en la carretera nacional. Ha asustado a las ocas, a las ciervas del bosque de Thiescourt, y ahora se desliza por encima de Creil, en una planicie salpicada de torres de agua.

Duermen en la hierba seca, al borde de los caminos de sirga, cada vez más baldados, más distraídos; cuando, de repente, el ejército francés se detiene y se da la vuelta. Lanrezac ha sido sustituido por Franchet d’Espèrey; un 6.º ejército, apañado deprisa y corriendo, se ha plantado ante París. ¿Qué sucede? No quieren saberlo, quieren vagar, proseguir eternamente ese asalto prodigioso… Y el ejército de Von Kluck prosigue su viaje; pero muy pronto el Ourcq, el Gran y el Pequeño Morin, los marjales de Saint-Gond fragmentan sus fuerzas. Los senderos conducen todos al agua, el ejército de hierro se topa por doquier con el agua, con el limo inescrutable. Las golondrinas se amedrentan y salen volando. De pronto, se producen enfrentamientos, ¡oh!, simples escaramuzas; pero el 9 de noviembre, cuadragésimo día de la ofensiva, el 1.º ejército alemán no se halla ni mucho menos en el Marne, como estaba previsto; se halla en algún lugar de los marjales del Ourcq, se hunde en la arcilla y en su espuma azulada, se estira en la hierba. Su timonel anda descarriado y parece errar perdido por las campiñas infinitas, para librar fútiles enfrentamientos.

Entonces, la brecha entre el 1.º y el 2.º ejércitos alemanes se abre y se ensancha, ya no es una brecha, es una avenida. El aire se hiende. El reloj abre sus agujas cual brazos que se separan. No hace tanto calor. Ha pasado el verano. Los dos ejércitos alemanes se alejan el uno del otro; uno está en Coulommiers, el otro en Crépy. Entre los dos, abierta, la brecha puede acoger a algunos soldados ingleses. Y el 9 de septiembre, los alemanes retroceden. ¡Oh!, no gran cosa, solo escasos kilómetros. Sobre todo, y ese es el meollo del

asunto, los franceses contraatacan. Se trasladan tropas al frente en taxi, famoso y divertido episodio. Pero es en el oeste, en el extremo oeste, en el extremo de la gran hoz schlieffeniana, donde caen los primeros golpes. Allí los dientecillos franceses, los incisivos de Maunoury, mordisquean las plumas del águila. En eso radica la sorpresa, lo increíble: que los incisivos de unos cuantos reservistas, los pasajeros de unos cuantos taxis, hayan roído lo bastante la enorme paciencia acumulada, el esfuerzo demencial, para modificar la acción de un ejército que parecía extenderse sobre Francia cual rollo de moqueta.

Y mientras Von Kluck intenta rechazar al ejército francés, cada uno de sus intentos lo aleja del 2.º ejército. Lo golpean por todas partes; recibe cien cornadas de la impaciente cabrita. Por fin se hace de día y el lobo se ve irremediablemente obligado a liar el petate —¡el señor Seguin volverá a ver a su cabrita!—. El lobo se larga, se las pira, corre de trinchera en trinchera lamiéndose las heridas. Ahí lo tenemos en Château-Thierry, Villers-Cotterêts, Soissons. Se detiene en el Aisne, cerca de Craonne y de Vouziers. Ahora ya no solo retrocede el 1.º ejército, también lo hacen el 2.º, el 3.º y el 4.º ejércitos, el de Von Bülow, el de Von Hausen, el del duque Alberto de Wurtemberg. Todos reculan, pliegan sus sillas de *camping* y sus tiendas, y se van.

En ocho días, los alemanes han desandado muchos pasos, han ido a contrapelo de sus propias victorias. Schlieffen, cadáver ciego, oye desde debajo de la tierra los pasos que retornan, sabe lo que eso significa, grita de nuevo: «¡El ala derecha!», pero nadie le escucha. «¡El ala derecha!», pero el polvo de las carreteras enronquece su voz. El ala derecha no es ya más que un abanico de plumas remeras mal pegadas, una multitud de hombres perdidos en un país ajeno.

Los combates son feroces. Han entrado en liza los ejércitos de Franchet d’Espèrey y de Foch. El ejército de Von Kluck está aún más lejos, más solo. Lucha con desespero al fondo del Ourcq, a sesenta y cinco kilómetros de donde debería estar. Pero ¿dónde debería estar un ejército, sino allí donde se separa de todos sus hermanos, allí donde se halla solo ante Dios y la muerte?

Con el 9.º cuerpo de Von Quast que intenta rodear al ejército de Francia, la balanza vuelve a oscilar. A los soldados de Von Quast los embarga un inmenso entusiasmo: en el suelo, una flecha de sangre señala «París». ¡Es la diosa del futuro! ¡Están listos para pisarle la cabellera! ¡París a cincuenta kilómetros! ¡La capital, allí mismo! ¡Ah, cuánto la quieren, cuánto la desean! Pero a las dos de la tarde llega una orden, una llamada telefónica de Von

Kluck. ¿Y qué dice? ¿Qué es ese grito que procede de Compiègne? ¿Qué dice esa voz aguda que silba en el auricular? Dice que se ha acabado todo; dice que ha habido suficiente con rozar, entrever, sentir que estaba allí la suerte, muy cerca. Ha sido suficiente con estremecerse y amar.

Von Quast siente una quemazón, tiembla ante la puerta de los tesoros. Se encarama un instante hacia la boca dorada, quiere besarla, pero no puede alcanzarla. Ya la boca se esfuma, ya el vértigo los aparta al uno del otro, ya la boca muestra desdén. Entonces se retira. Ojalá fuera posible retirarse poco a poco, en silencio. Pero el repliegue de miles de hombres no puede realizarse sin pánico, sin desorden. El primero en hacerlo es el 2.º ejército; eso acarrea el movimiento del 1.º y del 3.º, luego el del 4.º, del 5.º y del 6.º. Es un frente de cuatrocientos kilómetros, marea colosal y estruendosa, que refluye. La manada vuelve grupas, trastabilla. Pisan sus propias huellas. Ven desvanecerse en lontananza los campanarios de Compiègne. Se reencuentran con los muertos, las ruinas, la verdadera noche oscura.

El Camino de las Damas



Y así, el plan Schlieffen, fantástica armadura de papel, ardió. Todo se convirtió en humo. En apenas unas horas, lo que había cimentado una nación, el trabajo minucioso, el impulso altivo de un estado mayor, el credo aprendido, susurrado y transmitido de boca en boca por viejos zorros, se desmoronó. No quedó nada. Los ejércitos alemanes se abatieron sobre Francia como una tormenta de granizo. Pero Francia, que había corrido primero por los prados en busca de cobijo, acaba de abrir sobre ella un gigantesco paraguas de fuego. Joffre ha revivido. El ejército francés, vieja sopera, ametralla, lanza granadas, zapa, saja y se abalanza en persecución de su antiguo amor. Quiere atrapar al ejército alemán antes de que atraviese la frontera, antes de que desaparezca de nuevo en las planicies de Sajonia o las colinas de Baviera.

Estamos a 10, 11, 12, 13, 14 de septiembre. Suena la campana. Los alemanes tienen que dar media vuelta. «¡Volved!», canta el káiser, «¡volved!». Los soldados corren a cuatro patas en medio de la bruma, tiemblan de miedo a que los abandonen, a quedarse solos, perdidos en las ruinas, junto a los bosques con los que soñaban de niños; y no se toman la molestia de despedirse de Compiègne, de Meaux, de Épernay o de Châlons-sur-Marne. Pasan mudos, ciegos, por esas ciudades que tanto habían deseado, esos campos que han destruido. Pasan muy rápido, como una cuadrilla de ladrones tras cometer una fechoría.

Pero una vez alcanzado el Aisne, ese río plácido y profundo, encuentran en la otra orilla, la del lado norte, la suya, una gran colina de creta. Una llanura flanqueada por precipicios se extiende ante ellos. Suben y, de repente, lamentan un poco esa marcha precipitada. El miedo remite. Se vuelven hacia Francia, y los ojos se les llenan de lágrimas. Y eso que desde allí no se ve gran cosa, solo un retazo de campiña y un río, nubes blancas, campos de alfalfa. Pero al mirar esa campiña tan suave, tan lozana, ese río límpido, esos sauces, de pronto ya no quieren irse, en cualquier caso no así, no ahora. Quieren volver a acariciar un poco más su sueño; y la sangre es el escenario más hermoso. Entonces los soldados comienzan a cavar pequeños agujeros de ratón; a lo largo de treinta kilómetros, se colocan de espaldas al bosque, frente

al río lleno de peces, y cavan, alisan. A cada minuto, sus tumbas son más profundas, más asentadas, más numerosas; pero sus gestos son pausados, el cansancio los vuelve lentos. Al final, se parapetan, como fundidos con el paisaje.

Un antiguo camino de paseo comunica los pueblos de la zona: el Camino de las Damas. Y ese bonito camino, donde desgastaron sus vestidos las hijas de Luis XV, donde hicieron resonar sus bastones los cortesanos, iba a convertirse en una densa y polvorosa vía de comunicación por donde pasarían los camiones, las ambulancias, los caballos de un ejército entero. Ese paseo, creado para las hijas del rey, iba a convertirse en una suerte de autopista terrosa. Cabe así imaginar el giro candente que toman las cosas, la vida misteriosa de lo que dejamos. El olvido no es nada comparado con esa blasfemia licenciosa del futuro, donde nada, nada ofrece la certeza de no derivar, algún día, hacia lo contrario.

Trincheras



Y luego se produjo la carrera hacia el mar. Intentaron rodearse el uno al otro. Dos ejércitos descomunales jugaron durante unas semanas a correr como locos hacia los mares del norte. Corrían, brincaban, un día creían desbordarse, envolverse, rendirse el uno al otro. El dolor y la esperanza los impulsaban hacia el mar, hacia las pesadas trenzas de espuma del mar del Norte. Jadeantes, enamorados, corrían, el cabello suelto, a remojarse los tobillos en el agua. Y he aquí que, al llegar, se arrojaron el uno sobre el otro en un abrazo formidable. El Yser detuvo a todo el mundo. Destruyeron Ypres y Arras para desfogarse.

Luego llegó el invierno. El gran invierno gélido de todas las guerras que se prolongan más de un verano. El gran invierno moderno de las guerras duraderas. Se cosecharon todos los boniatos, todas las nueces y todas las setas posibles. Los cestos se llenaron. Las hojas de los árboles cayeron sobre los hombres caídos. El cielo se tornó blanco. Las estrellas se tornaron frías, ¡tan pequeñitas! Al principio hizo un tiempo seco, luego llovió, llovió. Los hombres permanecían recogidos en el fango amistoso. Jugaban a las cartas, se ataban mil veces los cordones de las botas. El inmenso fideo de setecientos cincuenta kilómetros se petrificó. Pero siempre que suena la corneta, siempre que se oye gritar la orden —«¡Venga, en marcha!»—, se produce la resurrección de los cuerpos. Cientos de cadáveres se incorporan y echan a andar. Y el cañón golpea, vilipendia, pasma. Los hombres, deslumbrados de repente, cada uno en su camino de Damasco, titubean con los ojos desencajados. Un dedo de oro en la boca y ¡pum! ¡Que sea lo que Dios quiera! ¡Y lo que quiera la República! ¡Y Guillermo! ¡Una compañía entera! Candelas muertas. De noche, el espectáculo de la luz y el sonido es magnífico, son los cañones que hostigan sin cesar a un pueblo troglodita. La tierra tiembla. Comen ratas. Una zanja de tierra marca el límite entre los mundos como el surco de una tabla de cortar, la ranura tallada en la madera.

Así, cuando suena la corneta, vuelven al asalto los «libres e iguales en derechos», bajo las grandes segadoras tiritan, bajo los tubos de fuego, entre los cadáveres libres e iguales, bajo la igualdad fría de la llovizna. Y caen a pocos metros de allí, libres e iguales, en un extravagante juego de escondite,

sobre una cadena de bultos y de agujeros. Y he aquí las verdaderas miserias volcánicas, la fábrica de fuego, tormenta agotadora. Las erupciones multiplicadas de los Krakatoas de hierro, Strómbolis portátiles, dislocan, extenúan, carbonizan… Todos los días que Dios no hizo, César, Napoleón y Hindenburg los arrojaron a la hoguera, los grabaron al estilo «negro», los inventaron para las batallas que no gana nadie; y los añadieron al calendario escolar, como se añade una palabra a lo que ya está escrito, mediante el artificio de un pequeño pico de pato.

Y todo continúa. 1915, 16, 17. Se matan sin verse. Los árboles se pelan. Las ametralladoras acuden a vomitar sus series ininterrumpidas de palabras feas, luego llegan los lanzallamas, lenguas de fuego que lamen al enemigo como el dragón de las leyendas. Y, de súbito, grandes supositorios sobrevolaron el mundo. La guerra repetía miles y miles de veces su latiguillo. Los zepelines flotaban por encima de la realidad como astillas en el cielo. Joffre lanzó una nueva ofensiva. Durante un año, las cumbres de Alsacia serán bombardeadas para dominar los puestos de observación. Durante un año. ¡Qué pasión por ver! Cuando las cumbres quedan lo más aplanadas posible, no habrá más que montañas de cráneos y de zapatos. Entonces los alemanes enviarán submarinos bajo las aguas, ¡oh!, no serán como el viejo tonel de Denis Papin, con su bomba, sus dos tubos de cuero y su vejiga flotante, ni como el Nautilus de Robert Fulton, propulsado por una hélice accionada por los tres miembros de la tripulación, tampoco como la mísera campana de inmersión del doctor Payerne, ni como aquel pequeño submarino desaparecido en 1864 a la altura de las costas francesas y que nunca volvió a verlas, no, serán los excelentes submarinos de guerra, con sus periscopios con pinta de flamenco rosa.

Y luego, en primavera, ¡inventarán el gas! Una nube de cloro mortal se colará en las trincheras. Después encontrarán algo mejor que el cloro, el gas mostaza, ese bonito nombre. Y, entretanto, los turcos arrastrarán a los armenios por las carreteras de Anatolia y les obligarán a dar un buen paseo. Los harán caminar, caminar, sin alimentos y sin descanso, rodeados de gendarmes. Luego, los obligarán a cavar grandes fosas en las cunetas, pues en aquel entonces querían fosas por todas partes. El largo convoy de mujeres, niños, hombres y ancianos atravesará las altas mesetas de Anatolia. Les han dicho que cojan sus picos y palas, todos los que los poseen han cogido los suyos; y tendrán su utilidad esos picos y palas, abrirán amplias y flamantes fosas a lo largo de las carreteras de Anatolia, y los mismos que las habrán cavado —u otros, tanto da— se sentarán o se tumbarán dentro, vestidos, sin

tiempo para ponerse un pijama u otra cosa, y se dormirán; y otros armenios, que llegarán detrás, arrojarán suavemente tierra sobre ellos como cubriéndolos con mantas.

Y después vendrá la batalla del Somme, casi todo un verano y un otoño; y ya el primer día, desde las seis y veinticinco minutos de la mañana, la artillería enviará tres mil quinientos proyectiles por minuto; eso producirá un ruido tan espantoso que se oirá desde Inglaterra. Durante los seis primeros minutos, los combates causarán treinta mil víctimas, superando en mucho la jornada del 22 de agosto de 1914. Transcurridos cuatro meses, se habrán ganado doce kilómetros. Casi medio millón de muertos para ir de Maricourt a Sailly-Saillisel. No se habrá alcanzado Bapaume, como se pretendía, ni siquiera Péronne. Lejos quedan las vacaciones de verano. Bapaume es el apellido de un borracho de Saint-Simon que vomita sobre no sé qué cuello de encaje; pero la ciudad de Bapaume significa «gesto de desesperación», «penuria», como Rompéchine, Bramefain, Moque-Baril o Bréviandes. Hoy en día está bien comunicada por la autopista A1, y por dos o tres carreteras departamentales asfaltadas. Pero la entrada de Bapaume, ocupada por los alemanes desde septiembre del 14, no será recobrada en el 16; lo será en el 17 por los ingleses, para volver a perderse el 24 de marzo del 18, y la recuperarán los neozelandeses meses más tarde.

Entretanto, los rusos habrán cometido la gran diablura del otoño. En unas horas ocuparán las estaciones de tren, el servicio de correos, la central telefónica, los ministerios, la banca. Aparecerán banderas rojas por doquier, se cantará la *Marsellesa*; al día siguiente le tocará al Palacio de Invierno. Habrá una breve descarga de fusilería, unas cuantas cornisas desconchadas. En treinta y tres horas, se someterán a votación un puñado de decretos, y esos decretos trastocarán el orden del mundo. Una tropa de soldados con guerreras deslucidas, de obreros sucios, de campesinos vestidos con pellizas de piel de carnero procederán a la más amplia expropiación de bienes raíces de la Historia. Votarán un decreto de paz, apelando a los pueblos de Europa a «liberar a la humanidad de los horrores de la guerra». Imaginemos a aquella multitud desaliñada de seiscientos cincuenta hombres que parecen tener paja en el pelo. Imaginemos, en una estancia apartada, a Lenin y a Trotski, mano a mano, tumbados sobre unas mantas en el suelo. El paso de la vida clandestina al poder ha sido sin duda tan brutal que permanecerán allí, durante unas horas, como dos niños que charlan sin poder dormir.

En el sur del continente, proseguirán las batallas. El conocimiento razonado de nuestros fracasos no sirve de nada. Vendrán grandes batallas de

orugas y de zepelines, las pequeñas escarpas donde agazaparse, la agonía de las batallas infinitas, el *music-hall* y los suicidas. Vendrán los grandes quebrantos del Aisne, la segunda batalla de Verdún, los cadáveres vivientes, aspirados por el lodo. Vendrán el *Brot*, que se chupa bajo la lluvia, y esos millares de morros hundidos en la tierra. Vendrán ladillas, torpedos, la batalla de Malmaison, la batalla de Picardía, la tercera batalla del Aisne, la segunda batalla del Marne, etcétera, etcétera, la milésima toma de tal o cual cerro, la mil y una pérdida de una posición. Dos enormes caracoles se enfrentaban. A veces se ganaban unos centímetros, días de mortero culminaban con victorias abrumadoras. Pasaba el tiempo. Los nichos de lodo estaban cada vez más acicalados. Se consolidaban con maderas y zarzos. Los alemanes abrieron en la creta auténticas ciudades subterráneas. Y entre los dos ejércitos, allí donde los caracoles topaban con sus blandos cuernos, se extendía una estrecha tierra de nadie de barro y de cadáveres. Espacio destruido, sagrado, que separaba a los hombres casi tan meridianamente como el vacío separa a los planetas, un cinturón de entre doscientos y cuatrocientos metros de ancho dividía los dos ejércitos. Eso mantiene a distancia mejor que un apretón de manos, mejor que una barandilla. Es una inmensa taquilla de tierra. Y desde uno y otro lado los hombres se miran, se adivinan, se amenazan y se quieren. Sí, se quieren. Desde el inicio de cada batalla, se quieren, y cuanto más pasa el tiempo, más las bombas que se lanzan son pruebas de amor —faltas cometidas.

Enemigos



Las primeras grandes tenazas hechas con hombres habían atrapado a muchos civiles y militares. El avance alemán, los amplios movimientos de tropas, todo eso había hecho caer en la red a numerosos prisioneros y el ejército había propagado por doquier un clima de terror. En pequeñas poblaciones de Bélgica se había fusilado tanto a hombres como a mujeres, a adultos como a niños. Más adelante hubo movilizaciones obligatorias, se quiso poner a trabajar a los civiles en las cadenas de fábricas alemanas, en las granjas; y en todas partes, en todo el continente, se organizó una gran operación de deportaciones. Se construyeron campos de deportados. Se transportó a miles de hombres en vagones de ganado, y aquello fue un ensayo de lo que tendría lugar tiempo después, a lo grande, y con otras ideas mucho más horribles en mente. ¡Algo había que hacer con toda aquella gente a la que habían capturado y hacinado! De modo que los pusieron a trabajar, los convirtieron en un ejército de trabajadores; trabajaban horas y horas, en condiciones deplorables, bajo la vigilancia de soldados.

Pero todo eso se había inventado, decían, el siglo anterior. A lord Kitchener, ante la resistencia de los bóers, se le ocurrió la idea de vaciar el campo. Ordenó destruir treinta mil granjas y una cuarentena de pequeñas poblaciones. Después deportó a ciento veinte mil bóers y a doscientos mil negros que trabajaban para ellos. Los dejaron dormir al raso o en tiendas de lona, sin apenas alimentarlos. Murieron cuarenta y siete mil de enfermedad o de hambre. Una fotografía de la jovencísima Lizzie van Zyl presenta ese cuerpecillo devastado que vimos en 1945, y que nos parecía que no podía sino ser fruto de una sola e inmensa pesadilla. Pero esa pesadilla ya la habíamos visto, aunque de otra manera, ya habíamos visto aquel cuerpecillo durante la hambruna de 1897, con ocasión del jubileo de la reina Victoria, ya habíamos visto ese amasijo de clavículas, habíamos visto aquellas caritas, aquellos ancianos de diez años que lo devoran todo con los ojos. Sí, Julian Hawthorne describe esas carcasas, son las mismas, las del orfelinato de Jabalpur, las del campo de Bloemfontein. Hawthorne vio a las familias de cadáveres a lo largo de las vías del ferrocarril, vio los campos sórdidos, los mismos que el de Bloemfontein, donde murió la pequeña Lizzie van Zyl, con sus piernas

demasiado largas de tan flacas, con sus pies como gruesas zapatillas, su vientre vacío, su jaula de costillas, los brazos como dos cordones apenas sujetos al cuerpo, su cráneo enorme, y su rostro masculino, lleno de dientes, lleno de encías. En la foto, tendida en una cama de hierro, nos mira. Está allí con los otros niños abandonados, agonizante en el patio del orfelinato de Jabalpur. Está con el niño de Auschwitz, en la cola que conduce a la nada. Y la hambruna de la India causó once millones de muertos, y por supuesto, en comparación con los crímenes coloniales y de la Shoá, los campos de 1914 no son gran cosa. Pero los millones de muertos de esta guerra terrible, el hecho de que los acompañe un cortejo entero de deportaciones y de trabajos forzados, dejan entrever entre todo aquello una suerte de caminillo, como si una misma máquina humana se hubiese puesto en marcha, tras tomar el relevo de otras máquinas humanas de matar, de encerrar, de hacer sufrir, de explotar, y hubiera prolongado, agravado y convertido en una forma nueva una idéntica fuerza de aniquilación.

Así, en esta guerra inimaginable, en este fuego artificial al que tantos civiles fueron arrojados —y cabe decir que fueron en realidad innumerables ejércitos de civiles los que se enfrentaron allí, inmensos ejércitos de obreros y campesinos—, el campo de concentración tuvo su importancia, y prendió su florecilla acerba y seca en el ojal del soldado. Hubo grandes redadas de gente, y, cuando hicieron falta más, se echó mano de los que quedaban, los últimos, los que no habían podido marcharse, los que eran demasiado jóvenes en 1914 pero que ya habían alcanzado la edad. Fueron los alemanes los autores de aquello, pues ocupaban todo el norte. Pero todo el mundo hizo lo mismo, o lo habría hecho. De modo que son los segundones y los benjamines a los que van a movilizar y a someter a trabajos forzados. Deberán cavar el suelo ellos también, detrás mismo de las líneas deberán cavar el suelo de su país, no en busca de oro, no como se hace con la azada o como se esculpe, no, ellos vaciarán, excavarán, bregarán, agujerearán el suelo, perforarán, hurgarán para que el enemigo pueda combatir con más confort y seguridad.

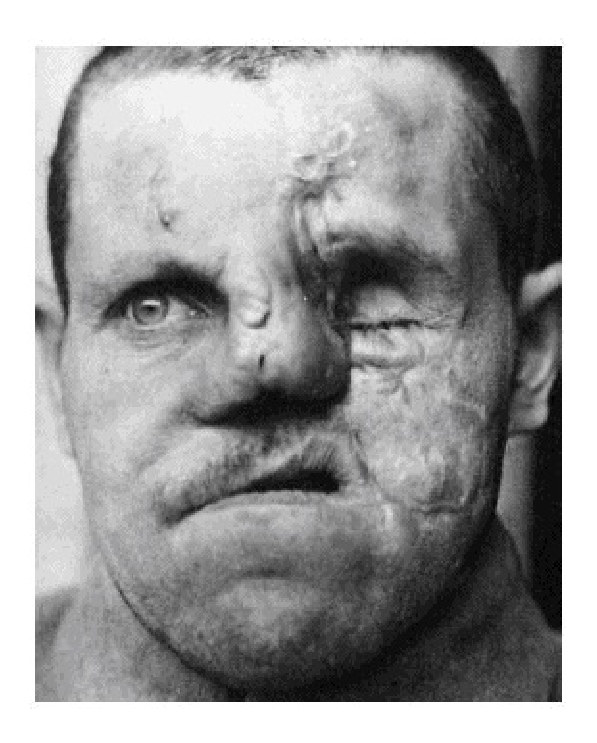
Pero ese enemigo ¿cuál es, en realidad? ¿Quién es? Entidad abstracta y feroz, ¿qué es esa boca que devora? ¿Qué son esos dientes que trituran? Nadie lo sabe. No han visto de verdad al enemigo. Han visto a veces grupos de jóvenes de verde o de azul, han visto a veces a un oficial, en lo alto de su caballo, han visto a prisioneros tras las alambradas del campo. Porque van a verlos. Los miran. Los prisioneros, los nuestros, son la imagen de aquellos a los que queremos. Miramos largo y tendido a ese enemigo triste y desarmado. ¿Qué tiene que sea tan terrible? ¿Qué tiene, tan diferente? Quiere marcharse,

volver a su país, evadirse de aquel rectángulo de barro donde se pudren barracas. Es extraño un enemigo, su mirada atenta, sus labios, su cuerpo entero. No sabemos qué decir. No hablamos la misma lengua. A veces alguien traduce, conversa, intercambia información, cosas, confidencias. El enemigo sonríe. Es curiosa la luz que sale de esa mata de pelos, ese acento, esa lengua desconocida que se apresura. Cuando se da entre los pueblos, uno podría pensar que la guerra es un malentendido. Nadie cree de verdad en esas alambradas. Nadie cree en ese rancho, en esas ratoneras. No sirven de nada. Todos los saben. Los prisioneros hacen charadas, tocan música. Uno va a oírlos, baila junto a unas alambradas lacerantes, ante ese gran pueblo desarmado y miserable con el que nos han dicho que estábamos enfadados.

Y en la foto, mucho antes de los tétricos campos de concentración de Limburgo y de las Ardenas, mucho antes de los grandes morideros de la otra guerra, la venidera, ella nos mira, Lizzie van Zyl, todavía no está muerta, y quizá desde donde nos mira uno no se muere nunca. Quizá desde ese pequeño estrado, desde esa cama de hierro, cuando se mira el objetivo delante del acordeón de cuero y la tela negra, no se muere uno de verdad. Puede que ella nos mire, que nunca deje de mirarnos, ni siquiera de noche, mientras dormimos, ella siempre vela nuestro sueño como esa hermana mayor que no tuvimos. E incluso los que tienen una, sí, también para ellos permanece sentada en el mísero borde de la cama, donde las sábanas se desgastan y se deshilachan, devoradas por no sé qué vieja leona de pesadilla. Sí, mira. Y lo hace pausadamente, con su larga mirada irremisible, que parece provenir del fin de todo. Mira en nosotros el supremo absurdo, más allá del animal pensante, mucho más allá del cálculo, roza el leve abandono sagrado, el lugar donde debemos callar para decirlo todo. Y parece sonreír, y no lo digo porque sí, lo digo porque, en la foto que poseemos de ella, parece sonreír. Una sonrisa difícil, debido a la piel, a los músculos que no tiene. Pero sí, ciertamente parece sonreír; y sus ojos se vuelven hacia nosotros, acaso para pedirnos algo, pero más bien, quizá, para dárnoslo. Y creo que, pese a su terrible delgadez, pese al aspecto masculino y envejecido de su rostro, Lizzie sigue siendo guapa. En el fondo, no la ha desfigurado el infortunio. Todavía se ve su nariz respingona, y puedo creer que está viva, todavía viva. Se halla muy lejos de los campos de concentración de Francia o de Alemania, en su estado libre de Orange, que será escenario de tantos otros calvarios, pero es ella —el azar me lo mostró un día— quien, para mí, establece esos acontecimientos, hacia delante, en su larga cadena de muertos. Y desde su

carita marchita adivino, más allá de sus privilegios relativos, a los niños de Limburgo y de las Ardenas.

Los hombres de las cavernas



¿Qué se hizo de los piececitos decorcho? ¿Y de las rebanadas de pan? Ahora ya no se oye el tañido de las campanas de Longwy, tampoco el traqueteo lejano de la metralla. Los hombres han muerto. Muchos. La guerra aún durará más. La Historia de Occidente comienza no sé dónde. Ese inmenso suceso prosigue su prédica incansable. Sobre el lomo de esa bestia soñada, sumergiendo la mano en el loess vivo para extraer tal vez la astilla o el *pilum*, pasan sin cesar siluetas que se hunden en la tierra. Decenas de hombres salen de la noche y regresan a ella a cada instante. Sus cuerpos están hechos de barro y de hierro, arrastran un duelo mudo. Desde el mar del Norte hasta los Alpes, han cavado grandes agujeros, todo el mundo ha bregado; han abierto largos pasadizos en el suelo, refugios, indicadores para no volver a perderse, con el zapapico, cada cual se ha construido un nicho utilizando restos de tablas y de fusiles rotos. Es una frontera infranqueable, línea de fuego. Como toda frontera, cuanto más cuesta cruzarla, más triste y cruenta es. Los hombres han cavado largas fosas, cada cual por su cuenta; y se han enterrado en esas fosas durante cuatro años. No han cesado de construir largos ramales, nuevas líneas en la tierra, todo un dédalo de pasillos y refugios. Al principio cada cual se cavó su agujero, lo justo para arrebujarse en la tierra, no para ser enterrado. Un cuadrado demasiado pequeño para Dios. Y pasaron los días y el agujero se hizo más profundo, los agujeros vecinos se comunicaron. El agua subió e inundó a raudales, se chapoteaba en medio de una lluvia fría. Algunos elevaban los parapetos con barro líquido, como si fuera cemento. Todo aquel cinturón de tierra removida semejaba una espesa y larga serpiente que, sin mudar apenas de forma, atravesaba los bosques húmedos de Argonne, las mesetas pedregosas de Champaña y los campos de remolacha del Yser.

Pronto, todo el mundo estuvo allí. Todo un pueblo joven y alegre quedó confinado en aquellos agujeros. Había tiroleses, árabes, bávaros, negros, bretones, prusianos, vascos, australianos, sijs. ¡Bien había que llenar aquellos agujeros! Había que llenar una franja de setecientos cincuenta kilómetros de agujeros por seis kilómetros de ancho. Había que montar un largo collar de carne humana entre dos países. La frontera debía ser una frontera de hombres, infranqueable; por eso se cavaba. Se socavaron setecientos cincuenta

kilómetros de terreno, y cuando acabaron encargaron inmensos rollos de alambre de espino. Entonces, un fuego en el cielo coronó la tierra: la plaza mayor de Arras quedó destruida, el mercado de Ypres quedó destruido, la catedral de Reims quedó destruida. Hubo veinte millones de muertos, diez millones de soldados. Diez millones suponen unas fosas muy grandes. Suponen cementerios hasta perderse la vista, vastísimos cementerios muy hermosos donde todas las tumbas son similares. Se requieren diez millones de muertos, tal vez, para que todas las tumbas se parezcan. Cuarenta y siete mil ciento ochenta y tres piernas alemanas se perdieron. Veintiún mil ciento cuarenta y nueve brazos. De tal modo quedaron desfigurados algunos hombres que se crearon centros de acogida para ellos, muy lejos de las ciudades, lugares adonde no va nadie, adonde nadie quiere ir, tan pavoroso era verlos. Vi las fotografías de aquellas caras, con sus míseras muecas de payaso. Las conoce todo el mundo. Fueron los monstruos amables de nuestras fábulas. Su dolor recuerda otro dolor, menos visible, el dolor de todos los dolores, el de las guerras más larvadas, tal vez no tan terribles, pero sí continuas, guerras donde naufraga el deseo, que pasa al ataque en los colores reales de la vida íntima cotidiana. Y sus más vivas heridas recuerdan que el horizonte todavía arde, que la locura trastoca todas las distancias y remueve todas las tierras. Porque cada uno vive mil muertes, mil amputaciones en su carne, disparos de mortero que se llevan por delante cimas, oruga que aplasta todo lo que sobresale. Y es que hay grandes enfrentamientos sin pueblo: los grandes exterminios de uno mismo. Corazones que se automutilan en la fría alegría de los falsos deberes. Arcos de vida distendidos, heridos en su miseria. En el fondo de nuestras cuevas, de nuestras habitaciones de la infancia, hacemos explotar los tubos de pinturas de colores. Sentimos el ardor insumiso, ¡vértigo, ascensión, relámpagos, caballos de Przewalski! Pero otras luchas, estas de verdad, vienen a ocupar nuestras manos, nuestras bocas, nuestras piernas, otros pragmatismos vienen a arrancarnos el acanto de nuestras frentes, los pinceles de nuestras manos.

Y no creo que sea necesario separar ese gran río compacto y regular de la muerte masiva —no más que el frágil río de cada vida— del resto de la Historia. Una batalla se ha librado mucho antes y terminará bastante más tarde. La cuestión no es la hegemonía de uno u otro pueblo sobre Europa, sino la recomposición incesante del mundo en torno a nuevas formas de vida, de poder y de riquezas. ¡Tanto dan Francia, Inglaterra, Alemania y todas las demás! Una gran convulsión recorre el mundo; se encarna durante algún tiempo en una agresividad roma, obstinada. Frágiles imperios se vienen abajo.

El uso de la fuerza se desencadena irracionalmente entre pueblos que no lo desean y que dirigen hombres que tal vez tampoco lo desean. Pero el juego de las alianzas y de los planes militares es inexorable. Vistos de cerca, los hombres tienen sus motivos para actuar; pero la suma de estos motivos permite muy pronto intuir otros móviles, más convincentes, que la particularidad de cada ser no ha podido sino ignorar. Sin embargo, esas fuerzas son las que parecen haber guiado a las masas humanas hacia los agujeros de tierra de Verdún; y el que esta guerra sea una amalgama de elementos trágicos y grotescos quizá subraya mejor que otras ese lento movimiento de la Historia en que la mente y el cuerpo parecen atrapados en una escala de determinaciones y juicios más elevados. Así, los primeros tanques, los obuses, el telégrafo, asociados al kilt escocés, al soldado de infantería bosnio con su fez y sus zaragüelles, son mil pequeños asentimientos a un punto de fractura del amplio y largo movimiento al que nadie parece poder escapar. Nos arrastra la corriente. Decimos «sí», no sabemos decir otra cosa.

Tal es el gran movimiento de Occidente por el control y la explotación del mundo. La potente infusión de su principio entre los demás pueblos. Pero también la crisis permanente de esta expansión y de este principio. Porque ese principio, llamémoslo «principio de razón», al tiempo que nos entrega al cálculo y al deseo hegemónico, nos libera sin cesar de sus propios criterios. La razón es hija del comercio, hija de las cuentas y de los acuerdos; pero al mismo tiempo es coherencia del discurso. Una cosa no es más que lo que es, y no otra cosa, no puede ser su propia negación, según parece. Toda cosa tiene una causa, al menos es lo que se dice, y una causa idéntica, en condiciones idénticas, acarreará las mismas consecuencias. Pero la razón no tiene venas ni raíces, es una línea que se mueve, similar a esas grandes fosas en la tierra. Parece casi inmóvil, pero se mueve, como el frente mudo de un ejército. Se constituye lentamente, de una manera empírica, propia de su naturaleza, de su curso. Es fijación de un orden y revolución de ese orden. Explora y refunda lo que puede hacer el hombre, conmutando su deseo por esas extrañas leyes que no se ponen en tela de juicio. Sin embargo, la razón se topa con un mundo espeso, un mundo en el que no basta la propia experiencia, en el que algo permanece opaco, como una reserva de dolor, un lugar de ausencia. Así, pese al duro combate que libran, los hombres permanecen frente al mundo mudo, como frente a todo y a nada. Los planes Schlieffen del futuro podrán prever una infinidad de variantes y accidentes, pero algo se resiste al dominio de los hombres. La batalla de Occidente se ganará o se perderá, las grandes fosas se

llenarán de muertos o de perdón. Se alinearán kilómetros de tumbas a igual distancia unas de otras, la tierra será más o menos inestable para las estacas de madera, y los intereses de las masas habrán sido silenciados igual de vergonzosamente. La tierra pudre los ojos, los cerebros y las manos, como todo lo demás. El rictus de placer no se lee ya en los huesos. También desaparecen las buenas acciones ocultas. El osario de Douaumont se pelará como un fruto maduro, falsa perpetuidad del honor y del duelo. Las quince mil tumbas de los prados de alrededor se agrietarán con el sol y el frío, pero la escarcha crepitará en la hierba y la arcilla retendrá el agua en las orillas boscosas del Mosa. El mundo conservará su tácito esplendor y mantendrá, en la sombra muerta de los principios, las innumerables posibilidades de la acción y del pensamiento.

Con todo, las sociedades humanas se enfrentan a la gran paradoja de su empuje y de su declive. Deben fracturarse y abrirse a la verdad de su naturaleza contradictoria. Porque están vivas y por ese motivo intentan vencer en ellas a su propio enemigo y alcanzar fuera de ellas su propio centro, que son los puntos decisivos de su odio o de su amor. Incesantemente, Occidente habrá descubierto en sí mismo un nuevo abismo. Ni toda la ciencia del mundo ni todos los placeres lo consolarán.

El mundo resiste. El espíritu es el otro nombre de lo que se oculta. Nada cede. La mano revuelve la tierra. La boca se llena de viento. Y aunque Occidente haga no se sabe qué apuesta inaudita en esa rueda mal dentada de la guerra, los soldados se resignan a hundirse en la nada. Cada diez minutos, un pie choca con el saco donde descansan la cabeza; y luego vuelven a dormirse. Una cubierta de lona gris los protege un poco de la lluvia. Duermen mal, continuamente los despiertan, tiritando, pero permanecen inmóviles. Acaban de dormirse de nuevo cuando de pronto una voz suelta un berrido, y sin acabar de enterarse, se levantan bostezando. Se les pega la tierra a los pies. Apoyan el codo en una tabla resbaladiza, alguien grita: «¡Silencio, es el momento!». Entonces, en la oscuridad, todos emprenden la marcha. La cocina de campaña pasa dando tumbos entre los boquetes de los obuses, unos hombres acarrean las cajas de municiones. En el angosto sendero ha caído la noche; el cielo está rodeado de cirios, de cohetes rojos y verdes. Avanzan entre hombres envueltos en lonas de tienda de campaña, chorreando lluvia. Aprietan los fusiles contra el pecho y miran al suelo. Hace frío. Una voz brama: «¡Adelante!», sin saber por qué, atraviesan el parapeto, pasan por encima de los sacos terreros, se abalanzan y se encuentran de nuevo bajo el fuego. Cada cual corre hacia donde puede. No hay enemigo. No tienen ni idea

de lo que hacen. Caen algunos hombres. Otro avanza solo, sorteando los restos metálicos y los agujeros. De pronto explota una mina y quedan sepultados, con la cara llena de tierra. ¿Cuánto tiempo permanecen ahí, tumbados en el barro? Nadie lo sabe. Salen lentamente, el tiroteo ha cesado. Reemprenden la marcha, ahora con las piernas agarrotadas. A los pocos minutos, se reanudan los disparos, pero ahora estamos solos, sin armas y en plena oscuridad. Ahora el tiempo ya no es el nuestro. Una mano helada nos toca. El alma se mantiene en una columna de miedo. Es la única realidad. Chapoteamos en un agujero donde corre el agua de lluvia. En una nada enfurecida. ¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos aquí, entre cadáveres, en esa extraña insensibilidad del mundo? Nada. No hacemos nada. En el hospital, he visto a heridos muy graves envueltos en sus vendajes de gasa, con la cruz de guerra prendida en el busto. Detrás del muro, he visto las tumbas. Cada una es un jardincillo. El milagro es que todas sean hermosas. Para qué encerrarlas tras una barricada de madera. La mala hierba aparecerá pronto.

Las facturas



Se cuenta que en el séptimo mes del calendario gregoriano —en que, en las *Muy Ricas Horas del duque de Berry*, se ven flotar el cangrejo y el león en el cielo y, debajo, a los siervos segando un trigo lleno de flores y esquilando las ovejas con grandes tijeras—, se cuenta, pues, que el 3 de julio de 1915, John Pierpont Morgan recibió dos balazos en la ingle, entre el muslo y el tronco, en la juntura del hueso iliaco, cerca del pubis, cuya forma ha variado sobremanera a lo largo del tiempo desde el arqueoptérix y el diplodocus, aplanándose, por decirlo así, juntándose y fusionándose con el isquión, y formando con él esa larga zona acodada que nos permite sentarnos. Y fue Erich Muenter, nacido el 25 de marzo de 1871, justo después del equinoccio de primavera —lo que, habida cuenta de los parámetros de angulación y de la distancia de tal o cual planeta, lo situaba bajo la influencia de Marte, con el rojo como color, el fuego como elemento, y el cerebro como punto débil—, fue Erich Muenter, pues, quien disparó, con un revólver calibre 38 en la mano izquierda y otro de calibre 32 en la derecha, al banquero John Pierpont Morgan.

Se cuenta que Muenter hablaba siete idiomas, que años atrás había asesinado a su mujer y que llevaba tiempo protestando en los periódicos contra los ultrajes infligidos al káiser; y se cuentan muchas más cosas sobre él. Se había procurado los revólveres, según dicen, en Nueva Jersey; y al día siguiente de haber hecho estallar unos cartuchos de dinamita, a medianoche, en el Capitolio, se presentó ante el banquero. Le descerrajó dos tiros de revólver en la ingle, pero el millonario todavía tuvo arrestos para arrojarse sobre él. Ante los policías que le interrogaban, Muenter se declaró no simpatizante de Alemania, sino contrario al comercio masivo que se beneficiaba de la guerra. Lo encarcelaron. Intentó abrirse las venas; y, a los pocos días, aprovechó que la puerta de su celda estaba entreabierta para lanzarse al vacío, muy cerca de allí, de cabeza.

Se fracturó el cráneo. Entonces, con ayuda de una pequeña pala, recogieron su cerebro y se lo entregaron al doctor Carlos Frederick MacDonald para que lo examinase. Se dice que su materia gris pesaba mucho, que su cerebro era más voluminoso de lo normal. Carlos F. MacDonald lo

examinó con detenimiento. Con su barba picuda y su aspecto sagaz, había auscultado ya a un regicida, Leon Frank Czolgosz, también llamado Zholhus, Zolgus o Nieman, como su madre, él, al que los ambientes anarquistas lo habían tomado por un agente del gobierno y, acaso para dejar claro de qué lado estaba, había matado a McKinley, presidente de Estados Unidos, siguiendo así el ejemplo de Gaetano Bresci, hombre de soberbios mostachos negros y mirada franca que, después de que el general Bava Beccaris dispersara al pueblo hambriento a cañonazos, matara a más de cien personas y que el mismo Bava Beccaris fuera condecorado por el rey Humberto I, «feliz y orgulloso», según declaró, «de honrar de ese modo las virtudes de disciplina y abnegación», mató a ese mismo rey, en Monza, otro mes de julio, en 1900. Y Czolgosz, a su vez, había alquilado una habitación el 31 de agosto de 1901, a unos pasos de la Exposición Panamericana; y seguramente durmió mal. Pasó la noche recorriendo las calles de Detroit, su ciudad natal, recorriéndolas en sueños mientras oía sonar en sus oídos canciones bielorrusas o polacas. Pero quizá aquella noche no pensó en su infancia, y quizá, por fin, él, que no había mantenido relaciones amorosas, volvió a ver en su pensamiento a la joven negra —o al joven, ¿quién sabe?— a la que había divisado aquella misma mañana caminando por los bulevares y con la que había vuelto a cruzarse por Eight Road. Pero quizá no pensaba en nada, no lloraba por nada y no murmuraba *nada*.

Una semana después, una horrorosa semana en la que el tiempo sufrió virajes bruscos, se encuentra en la Exposición ante McKinley, entre una multitud de visitantes, le tiende la mano envuelta en un bonito pañuelo blanco y ¡pum!, le dispara dos balazos en las costillas. Cuatro días antes había comprado un revólver Iver Johnson calibre 32, número de serie 463344, lo que para los adeptos a la numerología se descompone en 3 × 4 y 4 × 3, puesto que el 6 son 2 × 3, lo que confiere a todo aquello una suerte de reversibilidad un tanto artificial. Y fue en el interior del Templo de la Música donde disparó al presidente, y fue el 29 de octubre cuando lo hicieron sentarse en una sillita donde recibió tres descargas de mil ochocientos voltios cada una, lo que lo dejó frito y con la lengua enorme.

Existe una breve película de Thomas Edison, titulada *Electrocución de Czolgosz*. Al principio se ve pasar un tren, y luego descubrimos la cárcel. De repente aparecen los guardianes; uno de ellos abre una verja y va a buscar a Czolgosz. Salen por la derecha con el condenado. Fundido. Nos hallamos frente a la silla. Instalan a Czolgosz. No se resiste. Hay allí cuatro hombres. Depositan sobre el condenado una extraña corona de bombillas. Se acerca un

hombre y le habla. No se sabe lo que se dicen. Puede que ese sea el momento en que Czolgosz el solitario, el que se ha pasado la vida en ese jardín donde uno despliega las alas, murmura esa pequeña confesión que le atribuyen. ¿Y qué confesión es esa? No se sabe muy bien. Existen dos versiones. «He matado al enemigo del pueblo, no me arrepiento de mi crimen», declara un primer Czolgosz, muy imbuido de su modelo. Pero otro Czolgosz, uno más pequeño, Zolgus quizá, o Nieman, tanto da en el fondo, al parecer murmuró: «No quería a mi padre».

Es curioso que las palabras más ardientes se oigan en ocasiones así, de dos maneras. Se diría que denotan, por su doble alcance, cierta experiencia de los hombres, como si las palabras pudieran leerse al trasluz de la hoja, y adquirir de este modo otro sentido, más profundo, tras su digestión laboriosa.

Sin embargo, el presidente McKinley tenía sin duda poco que ver con el padre de Czolgosz —Romeo Czolgosz—, obrero y granjero a la par; ya que él, McKinley, con su facha gruesa y fúnebre, su traje oscuro, sus ojos tremendos, y cuya campaña presidencial inauguró un estilo de publicidad vulgar, no tenía ciertamente pinta de campesino, él que no obstante revolucionó el arte de hacerse pasar por otro e inundó Estados Unidos de folletos, de desplegables, de carteles con su grueso careto de McKinley, con él mismo sosteniendo en una mano la Union Jack y en la otra su chistera, y en el cielo, justo detrás de él, una fórmula de prosperidad.

Él, McKinley, había sido elegido presidente de Estados Unidos, sin gran esfuerzo, y luego había estallado la guerra contra España, apoyada por la prensa sensacionalista, seguida de la anexión de Filipinas, de Puerto Rico, de Cuba, de Hawái; y de su reelección. Su reinado había descollado por el más amplio movimiento de consolidación que las empresas americanas habían conocido; pero dos balas de revólver habían venido a interrumpir todo aquello. Y en poco tiempo se convirtió en monumento, en memorial, mausoleo, estatua, obelisco, placa de mármol, *bluff point*. En Pittsburgh se erigió en su honor una urna conmemorativa, junto a un pino donde el presidente, al parecer, acudía a descansar cuando se alojaba en el hotel Champlain; ¡y catapum!, apenas un año después del drama, el árbol resulta fulminado por un rayo. Pero, a Dios gracias, quedan un monumento en Buffalo, otro en Springfield, uno en Scranton, otro en San Francisco, y luego está el monte McKinley, en Alaska, la más alta cima del norte de América. Desde la planicie verde pálido, se alza de golpe en su total desnudez. Los indios llamaban *Denali* y los aleutas *Traleika*, que significa «la alta montaña», «la muy elevada» o algo similar, a ese grueso pedazo de roca

divisado antaño por Vancouver en su periplo; pues he aquí que se llamará en lo sucesivo «McKinley»; pero por muy poco tiempo. Desde 1975 se lo rebautiza como «monte Denali», ya que los autóctonos nunca habían dejado de llamarlo así, porque para ellos *Denali* o *Traleika* querían decir algo, mientras que McKinley no significaba nada. E incluso si aquel nombre, *McKinley*, fuera el de un hombre muerto un día de septiembre, cuando los arces comienzan apenas a rojear, eso no bastaba, e incluso si aquel hombre (o tal vez sobre todo si aquel hombre) era presidente de Estados Unidos y hubiera recibido dos balazos en el pecho, e incluso si al que lo había asesinado (como a Muenter) le hubieran cortado el cerebro en rodajas y lo hubieran estudiado, pesado, examinado por delante y por detrás los doctores, quienes habían hurgado en él hasta el hartazgo e inspeccionado la crema blanca, y descubierto a medianoche la zona del caos y la meta de la existencia, sin saber qué decir ante ese montón de baba, para acabar declarando que, si bien en el pensamiento el desorden no ocupa un lugar, en el parénquima sí lo ocupa.

Y Guiteau, otro asesino, el del presidente Garfield, Guiteau, decía, fue tachado por los expertos de loco, pero este loco de atar; y, mira por dónde, una vez muerto (por eso hablo de él) le trituraron —a él también— la cabeza. Él, que hasta el último momento pensó que lo iban a dejar en libertad y que planeaba incluso dar todo un ciclo de conferencias por Estados Unidos, él, que después de la lectura del veredicto, pese a los esfuerzos de sus abogados por lograr que se callara, vociferó: «¡Sois todos unos blandengues, pedazo de borricos!», y soltó acto seguido un torrente de insultos, él que en el patíbulo recitó un poema: *Voy a la Lordy, cuán feliz soy*; tan pronto como se desplomó y le corrió saliva por la mandíbula, lo izaron, retiraron la cuerda, le abrieron la caja craneal y le segaron un trozo de cerebro. ¿Y dónde está ese pedacito de pepinillo? ¿Dónde están los frágiles y viscosos pétalos de esa vieja flor de nuestras dificultades (lo cual es una triste manera de llamar al córtex)? Está en el Mütter Museum de Filadelfia, con muchos otros especímenes: fetos retorcidos, siameses, rarezas médicas, monstruosidades, modelos de cera, recuerdos de nuestros tatarabuelos obtusos, colecciones de muelas, de ojos, de vísceras en tarros de conserva, riñones, hígados cirróticos, cráneo de un sifilítico similar a una roca machacada, manos cortadas de uñas mugrientas, láminas de ovario, huesos contusos, raquíticos, bebés bicéfalos. Y allí, en medio de las bolas de pelo y de las campanas de vidrio, entre los cuerpos de la Mujer de Jabón y el cadáver de un puercoespín, se halla el pedazo de cerebro.

Así como un fragmento de asesino figura expuesto en un museo, Garfield no tuvo siquiera la suerte de tener un billete de banco con su efigie, ni uno solo. En cambio, McKinley —siempre vuelvo a él— plantó su rostro de cera en el bolsillo de los estadounidenses. Allí permaneció algún tiempo, en medio de la bonita mandorla, entre los cuatro cartuchos donde aparece escrito «500». Grover Cleveland ya dispuso de su billete de mil, donde su frondoso mostacho parecía imitar dos ramas de laurel. ¡James Madison dispuso asimismo de su billete de cinco mil! Y quedaba elegantísimo con su cabello largo y su levita oscura. ¡Incluso Chase, un simple presidente del Tribunal Supremo, dispuso de su billete de diez mil! Entonces, ¿acaso McKinley, el mártir de la prosperidad, no podía poner su cara en la impronta de George Washington, entre las dos ramas de saúco? ¿No podía dejar a los coleccionistas de papel, a los que pegan en cuadernillos los billetes antiguos de banco, una imagen suya asociada al viejo *tal*, a aquella cosa vieja procedente de Bohemia y que se convirtió en otra que tintinea o se arruga pero que se intercambia por casi todo, incluso por besos, incluso por ceniza de los muertos, y que se llamó tan pronto *taler* como *daler*, como *talari*, como *tallero*, como *daelder*, y por fin *dollar*? Pero ¿no lo llaman más bien *buck*, o *chantaje*, o *verde*, o *dead presidents*? Y en tal caso, McKinley se merece, como cualquier otro, plantar su jeta en el billete. Tal vez, entre 1928 y 1934, se dijera un mckinley como se dice hoy en día un jackson o un benji. Pero lo llaman también *hueso* o *haba* o *macho cabrío* o *big face* o *factura* o *smacker* o *cotilleo*, *mejilla de Morgan*, *cagada de hostia*, *batiburrillo*, *gran fetiche* o bien *hierbajo que hunde las raíces en el Leteo*.

Así pues, MacDonald, quien tras la muerte de McKinley había hurgado en la caja profunda de Czolgosz con su palito de mierda, vino a cavar con el mismo palito en el cráneo de Muenter, que acababa de fallar en su intento de matar a Morgan. ¿Y qué encontró en aquella copa fresca de lilas oscuras? Nada. Nasti.

Ahora bien, el hecho de que aquella esponja blanca y sonrosada, tras su pequeña pared de hueso, decidiera soltarle dos balazos a J. P. Morgan no dejará de tener sus consecuencias en la guerra; me refiero a la guerra del 14, cuya historia relato chapuceramente. Porque las cifras poseen el poder de tocar lo intocable; y aunque no sea tan feroz como su padre, aunque sea en definitiva más *smart* que su padre banquero, J. P. Morgan sabe también hablar y actuar, animado por esa fuerza inmensa que impulsa hacia el vacío. Así, entre los numerosos pistoletazos que en aquel entonces parecieron querer refutar la gran ficción del poder, los pistoletazos de Muenter no dejaron de

repercutir en los acontecimientos de Europa. Después de aquello, Morgan mantuvo mucho más trato con la guerra que antes, como si allá creciese sin cesar una ventanita que lo atrajese hacia ella silbando: «¡Ábreme!».

Fue el banquero de la Entente; y se convirtió, en su calidad de rey del Trust del acero, en el gran proveedor de la guerra. Prestaba a Francia y a Gran Bretaña el dinero con el que estos dos países le compraban armas. Y más adelante, bastante después de la guerra, prestará dinero a Alemania, y Alemania pagará sus indemnizaciones a Francia, y Morgan exigirá que Francia le salde sus facturas; y aunque no resulta tan sencillo como ese pequeño círculo de tiza, aunque las palabras son incesantemente rechazadas en el detalle, el dinero y la sangre corrieron más o menos en ese sentido a través del gran cuerpo de los retoños de la fábula. Y es que el dinero y la sangre siempre se intercambian y se vierten —vencimiento, plazo, muerte—, y rigen sobre el Número y el Tiempo.

Se cuenta además (pero ¿hay que creérselo?) que a John Pierpont Morgan le gustaba jactarse de ser descendiente del pirata Henry Morgan, indistintamente vagabundo, mendigo y ladrón. Al parecer bautizó a su yate Corsair y, según dicen, hacía ondear en él una bandera de calavera y tibias cruzadas. Pero, como es sabido, las cosas comienzan cien veces, en cien lugares diferentes, al igual que nuestra vida recomienza sin cesar en nuestros recuerdos; y así podríamos encaminarnos de manera distinta hacia las causas y detenernos en otros lugares, más abajo o más arriba en el tiempo.

¿Y qué esperan esos hombres sentados en la hierba con la mirada vacía, las manos vacías, el corazón vacío? Esperan a que el mundo se desmorone, a que las hierbas se hielen, a que caiga la noche. Están en Verdún, en Galípoli o en el Hiyaz, dondequiera que la miseria se ha abierto camino. En verano el sol hiere. La boca les quema, les duelen los labios. El sol cae sobre ellos y los inflama. Y el invierno es de cristal. La nieve crepita. Uno arde de frío. La misa la cantan los cuervos.

En los comienzos, hay una cama donde están encadenados entre sí un hombre y una mujer. Y corretean unos niños alrededor de la cama, unos niños muy pequeños que tienen sed y que tienen hambre. Entonces, se hace con unas ortigas sopa, con fuego un teatro, con nieve Dios.

Es todo lo que puede hacerse.